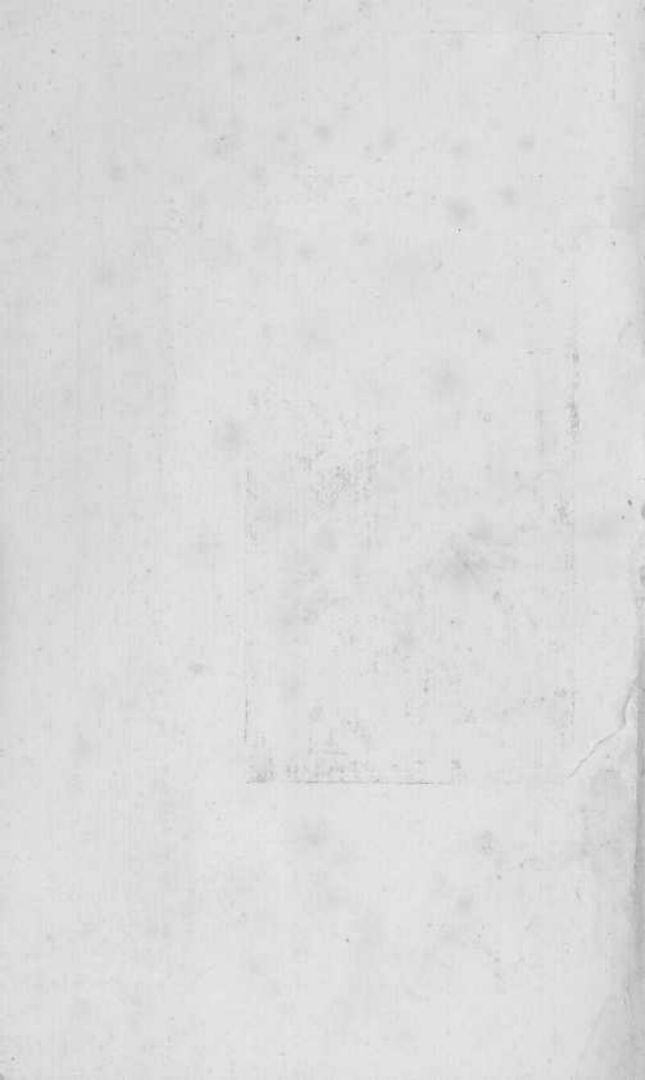


4.
Glosa a una Letrilla







Meditando en los cantares de mi Madre

GLOSA Á UNA LETRILLA
DE STA. TERESA DE JESÚS

POR

Fr. Lucas de San José
Carmelita Descalzo

PUBLICADO

EN

«EL MONTE CARMELO»

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

BURGOS:

TIPOGRAFÍA DE «EL MONTE CARMELO»

1906.

Regalo de
El Monte Carmelo
1907

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT

PHYSICS 309

LECTURE NOTES

BY

ROBERT A. FAY

PRÓLOGO

Mi madre fué insigne poetisa porque era gran Santa.

Todos los Santos son poetas, aunque no todos nos hayan dejado escritos en rítmicas cadencias los ardorosos sentimientos de sus almas endiosadas.

El fundamento de la poesía es la verdad, su distintivo el sentimiento; su vistoso ropaje se lo presta la imaginación con sus yatas. No anduvo totalmente desconcertado quien definió la poesía: «*el lenguaje de la pasión y de la imaginación animada*» (1).

Una inspiración que súbitamente sorprende á nuestro espíritu, lo envuelve en nimbos de luz y hondamente lo conmueve: he aquí el alma de la poesía. A su luz las fuerzas todas del espíritu se despiertan, y al calor que á su despertar desarrollan, se comunica á la fantasía, al corazón, tal vez á los mismos sentidos; y así, reconcentradas todas las fuerzas vitales

(1) Blair, *Lecciones de retórica y bellas letras*. Lección XXXIV.

en el objeto que las despertó, es como el hombre se canta ó llora: esto es, se siente poeta.

Es la verdad para las almas lo que el sol para la creación. Su luz es siempre la misma; pero sus efectos son muy distintos y aun contrarios, según el punto donde se proyecta. Enviados sus haces luminosos sobre un lodazal ó pantano, hacen que se desarrollen allí gérmenes deletéreos y con ellos envenenan los aires que aspiramos. Cuando la inspiración y el genio se posan sobre un alma innoble, son también muy peligrosas: las fuerzas que en ellas desarrolla, están puestas al servicio del mal: nada más peligroso que un genio pervertido. Con los gérmenes que su luz hace brotar del fondo del corazón ó del lodazal de los sentidos, envenena el ambiente moral y puede atosigar innumerables almas.

Pero cuando estos mismos rayos de sol caen sobre una tierra bien dispuesta, que cuidadosamente conserva las semillas de las plantas y de las flores, á su calor estas semillas se abren, desarrollan su tallo, forman sus capullos, sus flores y sus fru-

tos, y engalanan, perfuman y enriquecen la creación. Hasta las inocentes ave-cillas saludan con alegres gorgoros y dulces melodías la luz del sol cuando aparece con los primeros destellos de la aurora matinal. Las aves y las flores son las poetisas del mundo irracional, pues que á su modo se conmueven y cantan cuando las baña el calor y la luz

Proyectada la luz de la verdad sobre un alma inocente y un corazón puro, dulcemente los conmueve. Fuerzas hasta entonces latentes, despiertan con gran vigor y lozanía. La inteligencia ve más claro que nunca; el corazón siente con mayor delicadeza y armonía. La fantasía encuentra galas y primores que antes desconocía. Las pasiones y los sentidos callan ó se ponen al servicio de las potencias del alma iluminadas por aquella nueva luz de la verdad. El espíritu absorbe todas las energías del hombre y reconcentrándolas en un solo objeto, muy pronto se desborda. El fuego, el entusiasmo, la dulzura que siente el alma en su interior, se traslucen en todas sus palabras. Entonces el hombre es poeta y lo

manifiesta en la prosa ó en el verso. La poesía es una llama que ilumina la inteligencia y enciende el corazón y fecunda la fantasía. Es más difícil ocultarla cuando existe que fingirla cuando no existe.

Los Santos naturalmente son poetas. Como mas próximos á Dios y habituados á la contemplación de la verdad infinita, sienten más copiosas sus divinas influencias. Sus corazones, estando tan bien pre-dispuestos y conteniendo los gérmenes sobrenaturales de la vida de Dios en el alma (la gracia divina), cuando por la contemplación irradia sobre ellos la luz increada, se sienten honda y dulcísima-mente conmovidos. La luz, la paz y el gozo que sienten en sus almas, se comunica á sus palabras y á sus acciones. Los Santos son poetas, aunque no hayan escrito en rítmicas cadencias.

La poesía es una necesidad del espíritu humano. Las almas nobles y sensibles le asfixian en las impurezas de este mundo real: por esto aspiran á vivir en un mundo ideal donde pueden respirar con mayor libertad y holgura. Los santos, desprendidos ya de las grandes miserias

terrenas, viven más en el cielo que en la tierra. Viven y andan con holgura y libertad. Cantan su dicha y su ventura y lloran lo que aun les queda de su duro cautiverio.

Un ilustre biógrafo y crítico de Milton ha dicho: «Nadie puede ser poeta, ni aun gustar de la poesía, sin cierta enfermedad del espíritu».

Enfermedad del espíritu, ó sea honda tristeza del alma, es una condición casi necesaria para que el alma sienta de lleno el estro poético, la inspiración del genio. Verdad, amor, tristeza y puede añadirse, esperanza: He aquí las condiciones de todo verdadero poeta.

Los Santos las poseían en grado eminente: poseían la verdad, porque la buscaban en su fuente, en Dios; amaban tiernísimamente, porque eran santos; estaban tristes, porque se consideraban desterrados del cielo; apoyábanse en la esperanza, porque se sentían hijos de Dios.

Mi Madre Santa Teresa de Jesús, que tan familiarizada estaba en el trato con la

Divinidad; ella, que figura en primera fila en el dichoso coro de las almas más queridas de Dios; ella, el Angel de pureza, el Serafín de amor y Querube de celestial sabiduría; la esposa agraciada, la discípula predilecta é hija amada de Jesús, por necesidad había de ser poetisa; porque no cabe estar casi siempre en divina unión con la verdad infinita y no sentirse envuelto en los resplandores de su luz divina, ver siempre cabe sí aquella hermosura increada y no verse por ella dulcísimamente atraída y cautivada; pregonar tantas veces las suavidades de

Aquella vida de arriba

y no experimentar tedio y cansancio y tristeza por las cosas de abajo; verse tan tiernamente acariciada como hija de Dios, y no tener absoluta confianza y una esperanza á toda prueba en las palabras y promesas divinas.

Y sentir todo esto y no decirlo, y no cantarlo en las íntimas efusiones del alma, no era posible en un alma tan agradecida como la de la Santa, en un cora-

zón de fuego y tan noble y franco como el suyo.

Sí, sí, mi Madre había de ser poetisa porque era gran Santa. Y más que por su privilegiado talento y que por su genio incomparable, debía serlo por su corazón ardiente y purísimo. El amor de Dios que lo inflamaba, y no su genio, debía mover su pluma y modular sus dulcísimos cantares. Pero dejémosla que con su gracia de ángel nos lo diga ella misma. Habla del estado del alma cuando ha llegado al tercer grado de oración.

«Es un sueño de las potencias, que ni del todo se pierden, ni entienden cómo obran. El gusto, suavidad y deleite es más, sin comparación, que lo pasado; *es que da el agua de la gracia á la garganta á esta alma...* Está gozando en aquella agonía con el mayor deleite que se puede decir.... Háblanse aquí muchas palabras en alabanza de Dios, sin concierto, si el mismo Señor no las concierda: *al menos el entendimiento no vale aquí nada.* ¡Oh válame Dios! cual está un alma, cuando está así; toda ella querría fuesen lenguas para alabar al Señor.

Dice mil desatinos santos, atinando siempre á contentar á quien la tiene así. *Yo sé persona que con no ser poeta, le acaecía hacer de presto coplas muy sentidas* (1), declarando su pena bien, no hechas de su entendimiento, sino que para gozar más la gloria, que tan sabrosa pena le daba, se quejaba de ella á su Dios (2).»

La Santa es siempre poetisa en su prosa no menos que en sus versos. Ciertamente que sus tan ponderadas poesías no tienen más inspiración, ni más ardoroso sentimiento que sus *Moradas del alma* ó que sus incomparables *Exclamaciones*. No cabe más elevación en el pensamiento, ni mayor ternura que en estas palabras tomadas al acaso: «El Dios viva y me dé vida: él reine y sea yo cautiva, que no quieré mi alma otra libertad. ¿Cómo será libre el que del Sumo *Bien* estuviere ajeno? ¿qué mayor ni más miserable cautiverio que estar el alma suelta de la mano de su Criador? ¡Oh vida, enemiga de mi bien, y quién tuviera li-

(1) No cabe duda que esa persona era la misma Santa.

(2) *Vida* cap. XVI.

cencia de acerbarte; súbrote porque te sufre Dios y manténgote porque eres suya. No me seas traidora ni desagradecida!... ¡Ay de mí, Señor, que mi destierro es largo: breve es todo tiempo para darlo por vuestra eternidad, y muy largo un solo día y una hora para quien no sabe y teme si os ha de ofender! ¡Oh libre albedrío tan esclavo de tu libertad, si no vives enclavado con el amor y temor de quien te crió! ¡Oh! cuándo será aquel dichoso día que te has de ver ahogado en aquel mar infinito de la suma verdad donde ya no serás libre para pecar, ni lo querrás ser, porque estarás seguro de toda miseria naturalizado con la vida de tu Dios... No me desampares Señor... Sírvate yo siempre y haz de mí lo que quisieres (1).

Como la Santa es poetisa, no sólo por el ardiente amor divino que inflamaba su corazón, sino también por la verdad divina que en la contemplación tan de lleno irradiaba su alma y le descubría secretos infinitos, es en todos sus escritos no menos tierna que conceptuosa. En cualquie-

(1) *Exclamación XVI.*

ra de sus páginas habría materia suficiente para desenvolver bellísimos idilios de ternura y para altísimas meditaciones sobre las más sublimes verdades del orden moral y religioso. Habla siempre al entendimiento no menos que al corazón.

Por la lectura de cualquiera de sus páginas se siente uno transportado á un mundo purísimo de fe, de confianza y de amor. El pecho más oprimido y el corazón más angustiado respiran con mayor libertad y holgura después de leer una página de la Doctora de Avila ó de meditar una sola de sus incomparables estrofas. Ilustra la inteligencia á la vez que suaviza y conforta el corazón.

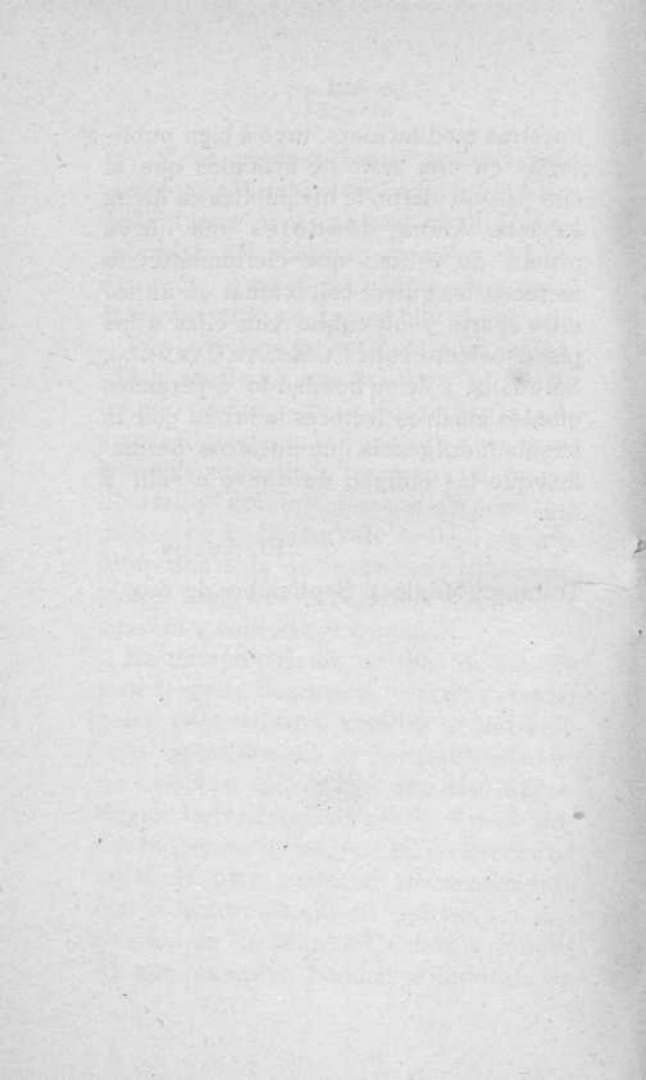
En tiempo pasado, en días de prueba y de tristeza, buscamos (y encontramos) solaz para nuestro espíritu y consuelo para nuestra alma en la meditación de una célebre Letrilla de nuestra Madre. Según la tradición refiere, la Santa Madre la llevaba de registro en su Breviario, sin duda para confortar frecuentemente con la lectura de ella su espíritu. La Redacción de EL MONTE CARMELO, mirando con excesiva bondad é indulgencia

nuestras meditaciones, tuvo á bien publicarlas en una serie de artículos que el año pasado vieron la luz pública en dicha Revista. Ahora, dándoles una nueva prueba de estima, que ciertamente no merecen, las quiere coleccionar en un tomito aparte y obsequiar con ellas á los piadosos lectores de EL MONTE CARMELO. Sólo falta, y de su bondad lo esperamos, que los amables lectores la miren con la misma indulgencia que nuestros hermanos que las obligan de nuevo á salir á luz.

EL AUTOR.

Durango(México), Septiembre de 1906.







Meditando en los cantares de mi Madre

Nuestra Santa Madre Teresa de Jesús en un momento de divino entusiasmo cantó:

Nada te turbe,
Nada te espante;
Todo se pasa;
Dios no se muda;
La paciencia
Todo lo alcanza.
Quien á Dios tiene,
Nada le falta;
Solo Dios basta.

Este es uno de los cantares más dulces y sublimes que jamás ha resonado en este valle de gemidos y llantos; cántico soberanamente bello y profundamente sabio, sintetiza las más grandes verdades de la Teología, los más elevados pensamientos de los filósofos y los más dulces encantos de

la poesía. Es el habla de una inteligencia de ángel, el cantar de un corazón que siente como poeta, que ora como cristiano, que ama como santo, y llora y gime y suspira como desterrado hijo del cielo. Es el cántico de la gran Santa, de la sin par poetisa, de la Doctora excelsa, de la endiosada Virgen de Avila y abrasado Serafín del Carmelo, Santa Teresa de Jesús.

Nada te turbe,
Nada te espante:

Aunque se levanten contra tí, alma mía, los poderes de la tierra y las potestades del abismo, el odio de los hombres y los furores del averno, y bramen de coraje las pasiones insanas de las muchedumbres y maquiñen venganzas los potentados; aunque sientas violentísimas las sacudidas de los sentidos y las llamas de la carne tan vivas que hagan estremecer de espanto la inocencia de tu corazón y tus más puros sentimientos.

Nada te turbe,
Nada te espante;

porque tu voluntad, aunque parece tan frágil, es omnipotente, invencible, porque nada ni nadie puede derribarla, si ella misma voluntariamente no se deja vencer.

Aunque seas el juguete de tu mismo corazón, que ora siente con dulcísima y sublime melancolía la añoranza del cielo, ora gime enlodado en pequeñeces de la tierra; ya en alas de sus bellos ensueños parece columpiarse en los confines del tiempo y de la eternidad, ya en las adversidades se estrella en las duras rocas de la tristeza.

Nada te turbe,
Nada te espante;

porque Dios se ha complacido en formar de muy extraña manera el corazón humano: tan pequeño que una flor le entretiene, y tan inmenso que sólo lo infinito puede llenarle; tan dé-

bil que una palabra le desconcierta y una sonrisa de amor le cautiva, y tan potente que ni los ángeles del cielo con su sabiduría, ni los hombres con sus astucias, ni los espíritus caídos con sus refinadas maldades pueden penetrar en él, ni adivinar sus pensamientos, ni cambiar sus inclinaciones, si él mismo libremente no les permite la entrada. Sólo Dios conoce sus secretos y posee el misterio de su fuerza.

Si se agitan los mares como ebrios gigantes abrazados á los polos del mundo, y furibundos levantan contra el cielo la espuma de sus ondas, y aterran al abismo con el bramido de sus violentas conmociones; si se derrumban los imperios, y caen las monarquías, y el mundo moral, religioso y político es envuelto en huracanados torbellinos de pasiones humanas que parecen arrastran en pos de sí lo más santo de la tierra, la inocencia del corazón del justo, la santidad del matrimonio y del hogar, y amenazan aca-

bar con la Iglesia Santa y con su doctrina sublime,

Nada te turbe,
Nada te espante;

porque todo lo que sucede en el cielo y en la tierra, las mutaciones del mundo físico, como los trastornos del orden moral, los grandes cataclismos de los pueblos y los derramamientos de sangre de las naciones, son efectos previstos, permitidos y ordenados por una providencia sapientísima que todo sabe dirigirlo á su mayor honra y gloria y provecho de sus escogidos.

Y si los individuos y los pueblos poseídos de vértigos delirantes y faltos de orientación corren al precipicio llevados al parecer en alas de espantoso fatalismo,

Nada te turbe,
Nada te espante;

porque los individuos y los pueblos y las naciones son llevados en brazos de un Dios providente que es Justicia,

Amor y Sabiduría. Como amor, todo lo dirige á utilidad y provecho de sus Santos y esplendor de su gloria. Como justicia, permite que las naciones tomen frecuentes baños de sangre, para que se purifiquen de sus locas apostasías, y se levanten luego rejuvenecidas y tornen á gozar días de paz y de bonanza. Como Sabiduría puede sacar bien del mal, de las tinieblas hace salir la luz, del caos y de la confusión el orden y la armonía, y del fondó de escandalosas corrupciones hace nacer grandes y heroicas virtudes.

II

Nada te turbe,
Nada te espante;
porque
Todo se pasa
Dios no se muda.

Aquí todo se pasa, porque el mundo es un lugar de continuas mutacio-

nes. Se pasa la gloria y también la ignominia: las más dulces alegrías y las más profundas tristezas. Se pasan las violentas pasiones que se evaporan como el humo, y las grandes virtudes que se trasladan al cielo. Pasan la niñez con sus encantos, la juventud con sus ilusiones, la ancianidad con sus dolores, y la muerte misma con sus tétricas sombras también pasa. La niñez se muda en juventud, la juventud en la vejez, y la vejez se eclipsa en la muerte, y la muerte en una transformación gloriosa del hombre que de terreno se hace celeste, de temporal eterno.

En este mundo todo es mudable; se mudan, las naciones, y se mudan las ciudades, y los hombres también se mudan, porque el tiempo los lleva sobre sus alas más veloces que el viento.

Aquí están inseguras aun las virtudes excelsas, y no son desesperadas las caídas más profundas. Sansón for-

tísimo, fué vencido; David, rey Santo, manchó sus manos con sangre inocente; Salomón, sapientísimo, cometió los más detestables y groseros errores; Judas, apóstol, volvióse traidor, apóstata y blasfemo contra el Espíritu Santo. De Manasés, abominable, hizo la gracia al celosísimo y penitentísimo Rey de Judá; de la famosa pecadora de Magdalo, el modelo de las almas santas y místicas y uno de los corazones que con mayor intensidad y pureza de amor han seguido á Jesucristo; del primer perseguidor de los cristianos, el Apóstol de las gentes; de San Agustín, hereje y disoluto, el más grande de los SS. Padres de la Iglesia.

Caen los que parecían estrellas del cielo y se levantan del fango á las alturas los que yacían en la abominación. Tropiezan los sabios y aciertan los caminos de la luz los ignorantes. Aquí todo es inseguro: á nadie se puede preconizar como santo, ni es-

tigmatizar como réprobo: y el hombre con sus defectos ó virtudes tiene más mudanzas que los vientos. Hemos visto á muchas majestades caídas; á reyes, sin cetro y sin corona; á magnates, empobrecidos; á generales, sin espada; á excelsas virtudes, arrastrándose por el lodo; á vírgenes, sin pudor; á sabios, atontecidos; á sacerdotes, que no ofrecían hostias santas; á pecadores, arrepentidos y perdonados.

Aquí se entorpece la lira del poeta, y se anula la inteligencia del filósofo, y se desvanece la inspiración del artista, y se enfría el entusiasmo del más dulce amigo, y se agota la facundia del retórico, y se acaban las creaciones del genio, y hasta la inocencia se cansa de cantar sus cantares de amor, porque aquí en el tiempo

Todo se pasa

y nosotros pasamos con el tiempo y sus mudanzas.

Desplómanse tarde ó temprano, lo

mismo la choza del pobre y el palacio de los magnates, que las pirámides de Egipto, los muros de Nínive y los templos de Menfis.

Pasan los pueblos con sus tribunos: «las tribus *pasan* con sus patriarcas, las repúblicas con sus magistrados, las monarquías con sus reyes, los imperios con sus emperadores,» (1) los ejércitos con sus generales, la ciencia con sus doctores, y las falsas religiones con sus pomposos cultos.

Las grandezas de la tierra seméjanse á un granito de arena, que arrebatado de la playa por el viento no deja memoria de sí, ni se conoce el puesto que antes ocupaba.

Los hombres que ayer atronaban al mundo con el ruido de su fama y le deslumbraban con el esplendor de su gloria, hoy yacen silenciosos en el polvo y en el completo olvido. Ape-

(1) Discurso de Donoso Cortés sobre la Biblia.

nas nadie se acuerda ya de los fastos gloriosos de Hemrod, el primer fundador de imperios, y el que primero que nadie, con sus poderosos ejércitos, turbó el sosegado reposo de los pacíficos moradores del mundo.

¿Dónde está el inmenso poderío de Asuero, que desde Susán dictaba leyes al mundo y las promulgaba con la punta de la espada de sus generales? ¿Dónde el de Ciro, el Rey providencial y militar por excelencia, vaticinado por los Profetas y escogido por Dios para castigar los sacrilegios del primer ladrón del santuario? ¿Qué se ha hecho del poderío de Jerjes, que cubría provincias enteras con sus innumerables batallones? Y del imperio de Alejandro que llevaba atados á su carro triunfal los reyes cautivos de las naciones, ¿qué resta? Y de las fabulosas riquezas de Cresos, rey del dinero en la antigüedad? Y de la incomparable monarquía de Augusto y de la ambición desmedida de Pompeyo

y de los vicios nefandos de Nerón y de Calígula?

Todo pasa: los hombres con sus glorias y con sus ignominias, y pasan también los que parecían inmortales. Con el tiempo pasaron Babilonia, la gloria de las naciones, (1) Cartago, émula de Roma, Argos la ilustre, Tebas, la ciudad de las cien puertas y de los mil señoríos, Corinto la bella, Atenas, la madre de las artes y la maestra de los sabios, Roma la vencedora, Jerusalén la santa, Sagunto la valiente y Numancia la invencible.

Nada puede el hombre contra las mudanzas de las casas. No le sirvieron á Nínive sus altísimos muros, ni á Menfis sus sabios sacerdotes, ni á Delfos sus oráculos famosísimos, ni á Sardis sus celebradas opulencias, ni á Tiro sus escuadras potentísimas con sus hábiles traficantes, ni á Troya sus héroes legendarios, ni á Atenas los

(1) Isaías XIII. 19.

sabios de su Areópago, ni á Roma sus caudillos invictísimos, ni su Senado prudentísimo, ni á Jerusalén su Templo augusto, ni los sumos sacerdotes vestidos de majestad, ni el código de las leyes santas, ni sus Profetas inspirados que le predecían sus desdichas: como tampoco servirán á los pueblos modernos ni las bayonetas de sus soldados, ni las bombas de sus cañones, ni la astucia de sus diplomáticos, ni la elocuencia de sus oradores, ni la pericia de sus legistas. Por grande que sea nuestra arrogancia, todo *esto* pasará, como pasó todo lo que antes fué, y pasará aún con mayor rapidez, porque camina al impulso de una doble fuerza: la del tiempo que todo lo muda, y la de la justicia divina que castiga con tremendos cataclismos los pecados de las naciones.

Las naciones modernas en general y España en particular *profunde peccaverunt*, han pecado enormemente.

(1) En su vida oficial han lanzado un reto á Dios y le han dicho que duerma muy tranquilo sobre los polos del mundo, porque se pueden muy bien pasar sin El. Han cometido pecado de latrocinio y sacrilegio y los más de sus individuos cometen constantemente la espantosa blasfemia contra el Espíritu Santo. Y Dios tiene empeñada su palabra de honor de aventar las cenizas de aquellos que le dejen para seguir al hombre. Está entablado el pugilato humano; su desarrollo será ó es de cataclismos que mudarán todo *esto*. Tal vez nos veamos todos envueltos en espesos torbellinos; los de arriba y los de abajo, los de la derecha y los de la izquierda, los de dentro del santuario y los de afuera, los que estamos consagrados al servicio del altar, y los que lo están al del trono. En cada soplo se cambia el mapa político de Europa. Ahora no es cuando está más

(1) Oseas IX-9.

seguro. Hoy el embrutecido musulmán se sienta perezosamente sobre las inmensas ruinas del *Sancta Sanctorum* donde sólo entraba el Sumo Sacerdote. «El león reposa tranquilo y seguro como en su reino allí donde Semíramis y Sardanápalo acumulaban delicias y riquezas» (1). Nuestra bandera será hecha girones por la espada de algún conquistador, y nuestras suntuosas catedrales serán un montón de ruinas, y los salones de nuestros magnates serán morada de las aves de rapiña, porque ahora como siempre

Todo se pasa;

pero á pesar de la rapidez con que pasó lo que antes fué y de la movilidad de todas las cosas creadas,

Dios no se muda.

Es el mismo de ayer, hoy y siempre. Es el mismo que creó el mundo

(1) C. Cantú. Hist. tom. 1. lib. II. cap. IV.

de la nada, que puso en orden los astros de la mañana, que fabricó el sol, la luz y la aurora; el mismo que formó de lodo el primer hombre, y que conversó con Adán y Eva en el paraíso; el mismo que promulgó la Ley en el Sinaí, que murió en el Gólgota, que está en el rincón del sagrario, y aquí dentro de mi alma contando los latidos de mi corazón, y dándonos á todos calor y vida y aliento para pronunciar su nombre adorable.

Dios preside y encauza todas las mudanzas; pero El no se muda ni cambia de pensar. Escucha la oración del penitente, el gemido del pobre, el dulce cántico de la inocencia y también la horrorosa blasfemia del apóstata, y El no se muda ni se apresura.

En lo íntimo de su Corazón divino escribe el nombre de los que le bendicen, y en el libro de sus justicias infinitas y de sus venganzas sempiternas apunta el nombre de los que le blasfeman.

El cielo se llena de santos: el infierno de réprobos: y Dios envía sus bendiciones á los que le aman y sus castigos á los que no le adoran: perdona al pecador arrepentido: defiende y corona á los Santos y castiga á los malvados: pero es siempre el mismo cuando castiga como Juez y cuando acaricia como Padre. Es inmutable como la eternidad que es su asiento, su morada, y aunque

Todo se pasa,
Dios no se muda.

III

El alma verdaderamente cristiana posee una virtud santa, una fuerza invencible, que en medio de las continuas mudanzas de las cosas y de los infinitos vaivenes del corazón humano, le da aliento para vencer todos los obstáculos y, en apacible bonanza, la eleva sobre todo lo transitorio y la aproxima á Dios inmutable y eterno.

Esa virtud es la paciencia, cuyas grandezas cantó nuestra gran poetisa en esta frase de inimitable hermosura:

La paciencia
Todo lo alcanza.

Dudo que el mundo sepa apreciar toda la verdad y belleza de este pensamiento, uno de los más sublimes que han brotado de la pluma de la Santa; porque no es fácil que comprenda la fuerza soberana y actividad incomparable de la humilde virtud de la paciencia. Estudiemos con alguna detención esta virtud que parece yace siempre en perezoso reposo, y, no obstante, domina el mundo y posee el secreto de la fuerza de las almas, y nos convenceremos que así en el orden filosófico como en el dogmático cristiano tiene bien merecido el singular elogio de nuestra Doctora. ¡Ah! cuando la Santa habla ó escribe, brotan de su pluma y de sus labios de ángel, lo mismo las verdades más su-

blimes de la teología cristiana, que los más elevados pensamientos de los filósofos, envueltos en purísimos y delicadísimos afectos de una alma de fuego de un

..... corazón enamorado

Que sólo en Dios ha puesto el pensamiento.
(miento.

La paciencia es una virtud *pasiva*, pero gasta mucha fuerza al adversario, y la desarrolla y acumula en gran cantidad en el corazón de quien la posee. Su táctica especial consiste, no en vencer al enemigo, sino en rendirle de cansancio. El corazón paciente como tal, nunca opone una resistencia directa, sino deja que el enemigo gaste inútilmente su actividad y su fuerza. El tierno arbolillo que nace junto al arroyo, no opone tenaz resistencia á las grandes avenidas de las aguas, se inclina pacientemente para que pasen por encima de él, y luego vuelve á levantarse lleno de vida. Así se porta el hombre paciente.

Pero aquí, como en todo, los extremos fácilmente se tocan. La pasividad de ánimo ante los *contratiempos* y ante las avenidas de las pasiones humanas, puede ser una virtud excelsa ó una bajeza degradante.

Hay tres clases de paciencia: paciencia divina, paciencia humana y paciencia cristiana, que es mitad divina y mitad humana.

Un cortesano cruzó el rostro sacratísimo de Jesucristo con una tremenda bofetada, y el mansísimo Jesús no se quiso vengar. Le desnudaron ante un público soez y le azotaron cruelmente, y el Hijo de Dios no abrió su boca. Ahora mismo los hombres parece tienen declarada guerra á Dios; su nombre admirable apenas es pronunciado sino para ser ultrajado, ora con la asquerosa blasfemia tabernaria, ora con la culta y elegante blasfemia de salón; y Dios calla, Dios no se apresura, Dios tiene paciencia. He aquí la paciencia divina.

Los esclavos sin hablar palabra obedecían al chasquido del látigo de sus señores. En los pueblos desmoralizados y degradados, millones de hombres fornidos acrastran paciente-mente pesadísimas cadenas de opresión con que los aherroja un aventurero afortunado. He aquí la paciencia humana.

El Santo Job, habiendo caído de la mayor fortuna á la más profunda miseria, no se indignaba ni contra Dios ni contra los hombres, y santamente resignado, apartaba con un trozo de teja los gusanos y la podre de sus huesos descarnados. He aquí el perfecto modelo de la paciencia cristiana que han practicado todos los santos que antes y después de Jesucristo han sabido sufrir con grandeza de ánimo.

La paciencia puramente humana es degradante; nunca serán suficientemente llorados los males que á los individuos y á los pueblos causa esa estoica pasividad, que les priva de todas

las energías necesarias para sacudir su ignominiosa esclavitud. Por el contrario, la paciencia divina y cristiana es sublime y dignifica.

De ninguna manera manifiesta mejor Dios sus bondades que sufriendo al pecador para que se convierta. Ni los hombres ni los ángeles comprenderán jamás las grandezas de Jesucristo en su paciencia infinita. Más grande me parece en el Pretorio que en las mansiones de la eternidad, cuando con el Padre trazaba los caminos de la luz y delineaba los límites de la mar. Más radiante de grandeza se me representa Job cuando sentado en su muladar, de todos abandonado, cantaba con aquellos sublimes acentos de dolor, que cuando le considero en su trono, amado de sus hijos, bendecido de todos sus amigos y rodeado de orientales opulencias.

Estas tres clases de paciencia producen diferentes efectos, porque tienen muy diferentes causas.

Jesús, como Dios, es Omnipotente, y como Hombre tenía á sus órdenes millones de ángeles potentísimos, y se deja maniatar por una cohorte de bandidos. ¿Por qué la Omnipotencia se oculta ante la debilidad? Para que la debilidad llegue á ser Omnipotente. Si Dios no hubiera tenido paciencia, con la fragilidad de los dos primeros hombres, el género humano se hubiera extinguido en su mismo principio. Si Jesucristo no hubiera tenido paciencia para sufrir, el género humano no hubiera sido redimido. Lucifer habría triunfado en su plan de desconcertar las armonías de la creación, y el cielo no se hubiera llenado de Santos. *Dios ha tenido paciencia porque ama al hombre.* Y esta paciencia divina *todo lo ha alcanzado*: ha mantenido el primer plan de la creación á pesar de la prevaricación humana, ha humillado á Lucifer y poblado la tierra de hombres y el cielo de santos.

El Santo Job que tantos centena-

res de años antes de Jesucristo tuvo la gloria de ser la más perfecta personificación de la paciencia cristiana, ciertamente no tenía poder para impedir que sus amigos le insultaran en su desgracia, ó que Satán le maltratara su cuerpo, ó que le arrebatara sus bienes y matara sus hijos queridísimos; pero la tuvo para sobreponerse á tantos infortunios y conservar la dulcísima paz del alma. En la adversidad bendecía á Dios como antes en las prosperidades. Puso tan alto su corazón, que no podía tocarle el polvo de la tierra. Sufre pacientemente, no porque no sienta, sino porque ha puesto su inocencia en manos de Dios, que ha prometido defender al que sólo en él confía. Por esto mientras Satán y los hombres jugaban horriblemente con su cuerpo y con todo lo que más estimaba, el corazón del Santo de la paciencia descansaba tranquilamente en los brazos de Dios, á donde se había levantado por la fe y

la esperanza. Como el Patriarca de Hus, saben sufrir todas las almas verdaderamente cristianas.

No ignoro que para los infelices incrédulos, para los corazones gastados, éste es un lenguaje ininteligible, una confusión de términos sin sentido; pero para los que tenemos la dicha inmensa de *sentir* las verdades de la fe, es una doctrina luminosísima, llena de consuelos. No es fácil que la incredulidad comprenda las verdades cristianas si no se esfuerza en amarlas. Siempre será una verdad profunda, deducida de la atenta observación del espíritu humano, que «una gota de amor contenida en un corazón, desarrolla más luz que la lectura de cien volúmenes» (1). Por esto es tan difícil que se conviertan esos corazones tan gastados, que son ya casi incapaces de sentir.

(1) Mons. Bouyand en su precioso opúsculo titulado *Los caminos de la Luz*.

Las diferencias entre la paciencia del Patriarca de Idumea, y por consiguiente del cristiano, y la resignación del esclavo y del hombre sin fe y sin creencias, son:

El justo sufre sin quejarse, porque sabe que Dios le quiere y tomará su defensa y premiará con gloria eterna sus breves sufrimientos. El esclavo sufre resignado, porque ha perdido ó el sentimiento de su propia dignidad, ó la esperanza de hacérsela respetar por los demás hombres. No se siente con ánimo para sacudir sus cadenas y romperlas en el rostro de sus opresores, ha mirado al cielo y le ha parecido de metal, sin ver por ninguna parte las huellas de una Providencia sabia y justa, que vigila lo mismo sobre el pobre que sobre el poderoso, y que tarde ó temprano, en el tiempo ó en la eternidad, hará desaparecer las grandes injusticias por los hombres sancionadas. No sabe que es hijo adoptivo de Dios con derecho á la

gloria. Ignora que esto de acá sea un lugar de tránsito, el paso á una vida perdurable que se gana padeciendo. Si mira alrededor de sí, se ve pobre, solo y débil, con infinidad de deberes que cumplir, y sin derechos que pueda hacer respetar; ha creído que la Ley que preside el mundo y señala su destino al individuo, era la fuerza, y sola la fuerza, engendro de un espantoso fatalismo. El que se siente débil no quiere luchar, ni orar, ni esperar; inclina sobre el polvo su frente degradada como para ocultar su vergüenza.

Esta paciencia es degradante y mata todas las nobles energías del alma y á la vez pierde á las naciones. Porque el general embrutecimiento de los individuos produce necesariamente la atonía social y política. La sociedad es lo que son la mayor parte de los individuos que la componen, ó que forman sus organismos vivos.

Cuando los individuos sufren con

estoica paciencia, sin ninguna alteza de miras el látigo de sus amos, bien sea un orgulloso señor romano de los tiempos de Augusto, bien un menguado caciquillo de pueblo, ó un hábil traficante con las bajezas populares que ostenta el nombre de jefe de partido; cuando la mayor parte de los individuos que forman la parte activa de la sociedad tiene paciencia para sufrir esta clase de yugos, también la tendrá muy pronto la nación para sufrir que se haga jirones su honor y su historia, y aun permitirá pacientemente que su bandera sea hollada por las botas de cualquier conquistador y que cualquier general le cruce el rostro con su espada.

Los españoles podremos tener muy poca paciencia cristiana; pero lo que es en paciencia humana, no hay monje ni anacoreta que nos gane. Somos fieles esclavos de muchos y muy diferentes señores; hemos recibido muchos y muy insultantes puntapiés;

pero no importa, cada día somos más pacientes y sumisos. Es que la estoica paciencia de los individuos produce la pasividad, la atonía en las naciones. Mata las energías y empobrece á los pueblos y á las almas.

Esta *paciencia* soporífera también *lo alcanza todo* en el género del mal. No es ella la que mereció ser cantada por la Doctora de Avila, porque empequeñece y degrada, y la gran Santa sólo cantó lo grande y sublime, lo que dignifica y eleva de la tierra al cielo.

La paciencia que entusiasmaba á mi Madre, no es el sueño de las almas pequeñas, sino el raudo vuelo de las almas excelsas; es aquella que da fuerza á los corazones nobles y cristianos, que sintiéndose más grandes que todos los contratiempos, saben sobreponerse á todas las desgracias. La paciencia cristiana tolera, sí, en casos dados que los hombres nos abofeteen el rostro y nos escupan á la

frente; pero no permite que lleguen á herir ni manchar el corazón, porque nos enseña á ponerlo más alto de lo que pueden llegar los acerados dardos de la envidia, ó la ponzoñosa larva de la maledicencia.

En esta preciosa virtud que los profanos no conocen, está el secreto de la fuerza de los justos. Es la virtud pasiva y humilde que de todo triunfa, todo lo vence, á todo se impone, que entusiasmaba á mi Madre y la que vamos á probar que efectivamente

Todo lo alcanza.

IV

No es preciso elevarse á las últimas y difíciles consideraciones de la mística para conocer la gran virtud que atesora la paciencia. Los filósofos de la antigüedad, sin estar iluminados por la fe, creyeron que en la paciencia y en la moderación estaba sintetizada toda la sabiduría práctica del hombre.

«La filosofía, dice el ilustre conde de Maistre, tiempo hace ha adivinado que toda la ciencia del hombre estaba encerrada en estas dos palabras: *Sustine et abstine*: Sufre y abstente» (1).

No es extraño que los filósofos conocieran las excelencias de la paciencia, porque aun prescindiendo de la clarísima luz que la religión irradia sobre ella, y de la fuerza sobrenatural que la comunica, y considerándola sólo como una perfección natural, mientras no sea un apocamiento del espíritu humano, como la pasividad del esclavo embrutecido, tiene algo de grandeza y es señal de un espíritu no vulgar. No abatirse en las mayores desgracias y sobrellevarlas con paciencia y serenidad de ánimo, es propio de un esforzado corazón. Saber callar y sufrir pacientemente mientras pasan las circunstancias desfavorables en las que sería inútil

(1) *Veladas de San Petersburgo*, V.^{da} 1.^a

y aun peligroso el resistir, y tener paciencia para esperar la oportunidad de vencer al enemigo y vengarse de él, será unas veces consumada prudencia y otras refinada maldad, pero siempre será el colmo de la astucia.

Aun considerada la paciencia solamente como hija de la prudencia y de la astucia es la mayor de las fuerzas humanas. Lo que ella no alcance, no lo alcanzará ni la sabiduría ni la fuerza. *El reino de los cielos es de los pobres de espíritu*; pero el dominio del mundo pertenece á los astutos y prudentes según la carne. *No sirve para reinar el que no sabe disimular*, han dicho todos los discípulos de Maquiavelo. El acto principal del disimulo es el sufrir las impertinencias humanas, y el sufrir las impertinencias humanas es lo más costoso de la paciencia. La paciencia puramente natural y el disimulo, hijos legítimos de la astucia y de la prudencia, son los señores del mundo. La sabiduría humana no ha

sabido enseñar nada más práctico á los hombres.

Si Santa Teresa de Jesús no ciñera en su frente la hermosa aureola de la ciencia infusa, y considerada solamente como filósofa, aún podría sentarse entre los más grandes maestros de la filosofía. Sin haber leído á los filósofos, ha convenido con ellos en el sumo aprecio de la paciencia, y lo ha expresado en ese hermoso cantar con mayor perfección y belleza que ellos en sus discursos académicos.

Los filósofos dijeron que en la moderación y en la paciencia estaba comprendido todo cuanto el hombre, en orden á la virtud, puede saber y practicar. *Sustine et abstine* era su lema. Y nuestra Santa, sin limitar á este orden ni la sabiduría ni las virtudes, con no menos exactitud y con mayor belleza cantó

La paciencia
Todo lo alcanza.

Pero el pensamiento de la gran San-

ta tenía más amplios horizontes que los de la débil razón humana. Cuando así cantó, pensaba en el cielo y en la tierra, en Dios y en el hombre, en el orden divino y en el orden humano. Veía que en el camino del cielo y en el trato humano la paciencia es la gran virtud que todo lo alcanza. En el pensamiento de mi Madre la paciencia no es el resultado de una prudente sagacidad, según el cálculo humano, es una agraciada hija del cielo, una virtud sobrenatural, una llave de oro para obtenerlo todo de Dios, de los hombres y de nosotros mismos.

La paciencia todo lo alcanza de Dios.

Dios siente inefables simpatías por los que sufren pacientemente. Para ellos son todas las gracias y ternuras de su corazón divino. Hijos de Dios llamó Jesucristo á los pacíficos. En cambio, los iracundos le son insoportables. En esto, como en todo, hay muchas semejanzas entre el corazón

de Dios y el corazón humano, en lo que éste tiene de natural y bueno, porque nuestro corazón, obra maestra del universo, es un trasunto, un reflejo del corazón de Dios. Por esto tienen casi las mismas leyes de simpatías y de repugnancias.

A los hombres verdaderamente eminentes en algún ramo del saber ó en algún orden de perfecciones, le ofenden y molestan grandemente las medianías arrogantes, y sobre todo, las soberbias nulidades de aquel orden en que ellos son notabilidades. Los grandes sabios y artistas consumados no podrían sufrir con calma la erudición insulsa, ni la interminable palabrería de los hombres superficiales, que con tanta seriedad y aplomo suelen hablar de lo que no entienden. La ignorancia presumida, la debilidad arrogante y la pobreza orgullosa mortifican y ofenden á los sabios, poderosos y acomodados.

Por el contrario, el más dulce pla-

cer del rico, noble de corazón, es enjugar una lágrima del pobre humilde, el del poderoso proteger al débil agradecido, y no hay en la tierra gozo comparable con el que siente un alma que por la verdad ó por el amor puede comunicarse con otras almas bien dispuestas y necesitadas de luz y de calor. En este gozo santo de la comunicación de las almas está el secreto de la fuerza que inspira á los genios. El insigne Aparisi para escribir ó improvisar aquellos famosísimos discursos parlamentarios, en los que vaciaba su corazón de santo y su genio de poeta, encontraba la inspiración en el recuerdo de que su madre lo leería y sentiría «un gozo secreto, porque estas doctrinas que defiendo son las que ama, las que yo comencé á aprender sentado en su regazo y reclinado en su seno» (1). El poeta llorando de en-

(1) Discurso de entrada en la Real Academia.

tusiasmo, escribe sus pensamientos con la ilusión de que el mundo, ó al menos alguna alma, le leerá y sentirá como él siente. El orador enloquece de sublimes emociones cuando desde su cátedra, por medio de la palabra, comunica á miles de almas la luz de la verdad y el fuego de su corazón. Por esto los reyes de la palabra gozan más íntimamente que los reyes de las naciones. Es seguro que no gozaría tanto Salomón en 40 años de pacífico reinado y rodeado de toda la pompa asiática, como San Juan Crisóstomo cuando con su elocuencia cristiana y apostólica pronunciaba sus inmortales Homilías, ante un auditorio que muchas veces llegaba á ochenta mil almas. La gloria más legítima y codiciada del Apóstol, del poeta y del artista y de toda alma verdaderamente grande, es hacer llegar á otras almas su luz y su amor para que los demás también conozcan, veneren y sientan la verdad que ellos adoran, ó la be-

lleza moral ó artística que á ellos les cautiva y extasía.

He aquí las leyes innatas que llevamos impresas en el fondo de nuestra alma. Muy semejantes son en este orden las del corazón de Dios.

Dios es felicísimo, dichosísimo; porque está en su propio centro, en Sí mismo, que es Verdad, Belleza y Amor. Nosotros sufrimos, porque en la tierra somos excéntricos, estamos lejos de nuestra Patria y de nuestro natural destino. Por esto lloramos, ó como dijo quien tan perfectamente sentía toda la fuerza de esta verdad: *Ángeles desterrados somos nosotros; por eso andamos siempre tristes.*

Como seres apartados de nuestro verdadero centro es natural que nos sobrevengan muchos males, ó que sintamos grandes privaciones, pues no es otra cosa el mal que la privación de algún bien que debíamos tener. Como débiles que somos, es también natural que sucumbamos al peso

de la tristeza y del dolor. Un verdadero milagro sería que tuviéramos felicidad completa aquí donde estamos desterrados y nos son tan naturales el llanto y las caídas. Por esto todos hemos nacido llorando y llorando moriremos.

El bien que nos consuele y la fuerza que nos sostenga, nos puede venir sólo de Dios que es primero y único principio de bondad y de vida. Luego cuando nos impacientamos contra lo que naturalmente nos debe aquí suceder, murmuramos de la Providencia sapientísima que permite haya males y privaciones en el mundo, precisamente porque el mundo no es el cielo, porque el camino no puede ser igual al termino, porque la prueba debe distinguirse del premio y del descanso. Si además de impacientarnos, confiados en nosotros mismos sin acordarnos de Dios, nos volvemos iracundos contra esos mismos males que Dios permite, y creemos que so-

mos suficientes para superarlos, indirectamente le decimos que no le necesitamos para sostenernos y ser dichosos, planteamos contra Él un verdadero pugilato, como el grano de polvo que pide cuentas á la Sabiduría infinita, la debilidad alzándose contra la Omnipotencia, el hombre nada en frente del Dios de la Majestad. Aquí la impaciencia es hija del orgullo. A Dios también le ofende en gran manera la debilidad arrogante, la pobreza orgullosa. Por eso disgustamos á Dios cuando nos impacientamos y nos niega las especiales gracias de su corazón.

¿Será, pues, preciso resignarnos con estoica indiferencia á toda clase de males que puedan sobrevenirnos, sin derecho ni siquiera á exhalar un gemido, ni articular una sola palabra de dolor? ¿Habremos de dejarnos arrastrar por los contratiempos naturales ó provocados por los hombres, sin que podamos oponer resistencia algu-

na, como si fuéramos seres privados de razón, de libertad y de fuerza? ¿Es esta perezosa y estoica pasividad, lo que exige de nosotros esa paciencia cristiana tan encomiada por los místicos y ascetas y singularmente por la gran Doctora del Carmelo?

No: la virtud nos manda sufrir, pero también nos prohíbe sucumbir. Esa perezosa indiferencia que cuando el hombre está en frente de algún serio contratiempo, le despoja de todas sus energías, disgusta á Dios no menos que la orgullosa presunción que por sí sola pretende escalar el cielo. No sé quienes ofenden más á Dios, si los que, cuando sufren, quieren ponerse enfrente de la Omnipotencia para pedir razón del dolor, ó los que sucumben en la adversidad y sin acordarse del cielo se abaten hasta el polvo.

Dios no nos ha hecho para llorar. No habría formado de tan delicadas maneras al corazón humano, si siempre debiera estar pegado á la tierra.

No le habría hecho capaz de tan bellos sentimientos y de tan sublimes aspiraciones á lo infinito, si su gusto fuera tenerlo siempre entre el lodo, oprimido de pesar y de tristeza.

Sus adorables complacencias son engrandecer y perfeccionar el corazón humano por medio de íntimas y mutuas comunicaciones con el hombre: por eso le hizo imperfectísimo é infinitamente perfectible. El Señor hizo al pobre y le enriquece, dice la Santa Escritura.

Como artista soberano, siente un gozo infinito comunicando á otros seres su luz infinita, su amor inmenso y su gracia incomprensible. Lo que más le molesta es todo aquello que le priva de esta comunicación santa con sus criaturas. Para sentir este gozo divino creó otros seres semejantes á Sí á quienes comunicarse. He aquí la razón por qué fueron creados los ángeles y los hombres.

Antes de comunicar á las intelligen-

cias creadas la plenitud de su amor y de su luz, nos sujetó á una prueba para que nosotros mismos cooperásemos también á nuestra propia dicha. Esta prueba ha consistido en hacernos sentir, por un intervalo más ó menos largo, la privación de su misma verdad y de su amor, para que deseándola nosotros, la pidiéramos y abrazásemos en uso de nuestra libertad.

Los Ángeles sintieron sólo un instante esta privación. Luzbel y los suyos no se resignaron á pedirla, creyeron que su perfección natural les bastaba para obtenerla. Dios ofendido por tanta arrogancia lo precipitó al abismo.

Eva, por su vivacidad mujeril, no tuvo paciencia para esperar que Dios le comunicara toda la ciencia del bien y del mal. Quiso anticiparse á los designios de Dios y fué arrojada del Edén. Después de élla, sus hijos, unos han pecado como Luzbel diciéndole á

Dios que no le necesitaban para alcanzar la verdad en un progreso indefinido. Otros se quejan como Eva porque les hace esperar tanto tiempo con tantos trabajos, y muchísimos le dicen que renuncian á los goces del cielo, ora porque ya tienen bastante con los de la tierra, ora porque no se sienten con ánimo para alcanzar lo que tanto cuesta, y prefieren inclinarse perezosamente sobre el polvo sucumbiendo al peso de todos los trabajos, antes que caminar al cielo con las fatigas que les parecen insuperables.

Los orgullosos que como Lucifer creen que sin Dios podrán alcanzar las delicias de la verdad y la saciedad del corazón, y los que como Eva sienten demasiado largo el tiempo de prueba y ensayan un camino no señalado por Dios para llegar al complemento de nuestra perfectibilidad, lo mismo que aquellos que renuncian á los dones de Dios, ya porque los

creen innecesarios, ya porque los suponen demasiado costosos, todos estos privan á Dios de los goces por los que creó el cielo y la tierra: las complacencias de comunicar á otros seres los más nobles perfumes de su inteligencia y de su corazón.

Pero las almas que cuando se sienten fatigadas, no sucumben, ni murmuran de la Providencia, sino que cuanto más atribuladas se ven, están más sedientas de aquella luz y amor del cielo, y con mayor ahinco se lo piden á Dios; los que cuando son perseguidos y calumniados, no se indignan contra los hombres, ni se defienden cuando alguna razón especial de justicia ó de caridad no les obligue á ello, sino que dejan en manos de la Providencia su defensa, y le ofrecen todas las penalidades en satisfacción de sus pecados, son las almas que merecen las simpatías de su corazón divino. Los más amados de Dios son siempre los corazones que, agobiados

por el dolor, no se dejan caer en el abatimiento, ni confían en los hombres, sino que miran al cielo y sólo de Dios esperan las íntimas consolaciones.

Dios ha hecho infinitamente perfectible el corazón humano, porque le hizo capaz de lo infinito, y cuando aquí el corazón se duerme, Dios le envía contratiempos que le despierten y aviven la nostalgia del cielo y el hambre de la verdad, para tener luego las soberanas complacencias de entretenerle y consolarle parcialmente aquí con la fe y la esperanza y con las gracias interiores, y luego saciarle en el cielo con la plenitud de la verdad y de la gloria. He aquí los adorables entretenimientos del Corazón de Dios, el fin de todas sus obras *ad extra*: comunicar á las almas la verdad, el amor, la gloria.

Pero Dios, para comunicarse á las almas por sus dones, quiere que las obras le llamen con amor y constancia.

No le llaman así los que no sufren, porque se encuentran bien en la tierra. Por esto les envía sufrimientos.

Luego el dolor es el acíbar que Dios ha puesto á las cosas de la tierra para que, dejando éstas, amemos las del cielo.

Pero los dolores sin paciencia no son aceptos á Dios, porque ó nos hacen murmurar de la Providencia, ó nos quitan las energías y nos hace caer más hondo en el polvo. El dolor y la paciencia son las dos alas para elevarnos de la tierra al cielo y aproximarnos á Dios.

Nadie que haya llegado al uso de la razón se ha salvado sin padecer, y á nadie ha santificado el dolor sin la paciencia. Las recomendaciones más eficaces para acercarnos al principio increado de la Verdad y del Bien, son el dolor sufrido con grandeza de ánimo.

Las almas más dispuestas para recibir las bendiciones divinas son las

que más sufren y con mayor resignación. He aquí toda la economía de la Providencia en el régimen moral del mundo. Comunicarse á tales almas es la más dulce de las complacencias divinas: para sentir las creó el universo. A ellas y sólo á ellas concede en abundancia sus dones infinitos.

Luego, *la paciencia* con el dolor es la gran fuerza que de Dios *todo lo alcanza*.

V

Gran concedora de corazones era mi Madre. Muy bien tomado les tenía el pulso á las flaquezas humanas. Sabía que de los hombres únicamente

La paciencia
Todo lo alcanza.

No sabemos por qué, tal vez sea porque los hombres generalmente son más débiles que perversos; pero es lo cierto que nos gustan más los misericordiosos que los justicieros. Preferi-

mos otorgar en nombre de la misericordia á ceder en nombre de la justicia.

La justicia siempre impone, y cuando no es suavizada por la misericordia, espanta. La misericordia, por el contrario, es siempre risueña y amable. Maravillosamente se insinúa en el corazón más altivo y duro y lo vence.

Pero esta virtud tan amable está tan íntimamente enlazada con la paciencia, que en sus principales actos se confunde con ella. Dar al prójimo y singularmente á aquellos con quienes vivimos, la limosna del disimulo de sus genialidades, inconstancias y defectos, es una gran obra de misericordia y un acto de insigne paciencia.

A todos podemos dar esta limosna y todos estamos de ella necesitados; pero es muy costosa.

Es fácil sacar del bolsillo una moneda para socorrer la necesidad del pobre; pero tener siempre á punto en

el corazón un gran caudal de indulgencia, de mansedumbre y de cariño para disimular los defectos del prójimo y conllevar, sin alterarse, sus diferencias de carácter, es tan difícil, que resulta imposible para el corazón humano dejado á sus propias fuerzas. Ahí está la fuerza invencible de la paciencia cristiana. Hay hombres que harán obras de caridad en *metálico*, pero por más que expriman su corazón, no le podrán sacar una gota de cariño indulgente para dar á sus domésticos la estimable limosna de la mansedumbre y del prudente disimulo. La paciencia es el tesoro inagotable de los corazones bondadosos. En ella están sus recursos y su fuerza.

El corazón paciente tiene siempre fuerza para amar al prójimo y razones para disculparle de sus defectos. Conoce muy bien todas las debilidades humanas, pero no quiere acabar con ellas á sangre y fuego como el celoso imprudente, ni las cubre con el

manto de la lisonja como el vil adulator. Sabe que el corazón humano tiene siempre alguna virtud ó buena cualidad y por éstas puede quererle y estimarle y aun alabarle sin necesidad de adularle. No toca los defectos sino cuando la justicia ó la caridad cristiana lo exigen, y entonces toma las formas de la amistad más sincera y del afecto más tierno.

El corazón que así se presente, siempre es casi omnipotente. No hay quien le resista. Tarde ó temprano hará de los hombres lo que quiera; los vencerá sin humillarlos. Lo que de ellos no pudo alcanzar ni la razón, ni la elocuencia, ni la justicia, lo *alcanzará* un corazón paciente, sufrido y magnánimo. He aquí el secreto de la fuerza de los santos.

La paciencia, además, triunfa de la inconstancia de los juicios humanos, y da á conocer todo el mérito de un corazón virtuoso.

El carácter moral de un hombre lo

forman, no precisamente sus obras, sino su corazón, su conciencia íntima. Lo más sagrado y difícil de conocer en el mundo son el corazón y la conciencia de cada hombre: y no obstante ser estas cosas las más sagradas y ocultas, son las que menos se respetan y las que mejor se pretenden saber. En una reunión de sociedad si se trata de ciencias ó negocios, habrá muchos que no podrán alternar en la conversación y habrá que suspenderla, pero si se plantea la cuestión más difícil de resolver, cual es el juzgar del carácter moral de una persona, todos se creerán suficientemente instruídos y autorizados para definirla. Y lo peor es que en la vida social hay que atenerse á sus fallos. Socialmente seremos siempre lo que los hombres se hayan empeñado hacernos.

Nos harán cambiar muchas veces de posición moral. Querrán que desempeñemos papeles muy distintos y aun contrarios. Sin que en nuestro

corazón, ni en nuestra conciencia nos hayamos cambiado, hoy nos levantarán al pináculo de la gloria y mañana nos cubrirán de polvo y lodo. Una frase, una palabra, y aun una reticencia maliciosa, hábilmente interpuesta en una conversación ó en la gacetilla de un periódico, serán suficientes para que se cambie la opinión acerca de nosotros. Es inútil oponerse á la corriente de la opinión. Contra sus volubilidades no hay otro recurso eficaz que la estabilidad de la paciencia cristiana.

Los hombres, cuando juzgan la vida ajena, aun sin darse cuenta, casi siempre tienen por consejero á sus afeciones personales. Casi nunca se les ve aquí la serenidad de juicio que tienen cuando tratan otros asuntos. Nunca me han parecido tan pequeños los hombres como cuando les he oído juzgar al hombre. Discurren, no según comprenden, sino según sienten. Les guía, no la luz de la verdad, clara y

serena como la del sol, sino la que brota de los sentimientos del corazón, deslumbradora y fugaz como las del rayo.

Las pasiones del alma de cuyos movimientos y choques brotan esas ráfagas de luz transitoria que deslumbran á la inteligencia, son como los torrentes; braman... y pasan. Su fuerza de momento es irresistible; quien se las quiere oponer de frente, será arrollado como por deshechos torbellinos. Se triunfa de una corriente, no conteniéndola, sino asegurando los pies para que no nos arrastre mientras dure el ímpetu de su fuerza. La paciencia afianza al corazón y lo contiene para que no se altere cuando al rededor nuestro braman las pasiones humanas.

Tras la tempestad aparece el arco iris, signo de paz. Después de las borrascas que han pasado sobre el corazón sin conturbarle, se goza de indecible bonanza.

Los cascajos arrastrados por la corriente quedan envueltos en fango y lodo. El corazón que no sabe sobreponerse á los juicios humanos, quedará siempre confundido entre las ruinas de las reputaciones humanas. No se levantará nunca; no será posible juzgarle con acierto; no se podrá trazar su fisonomía moral, porque no tiene ninguna estable. Le falta carácter. El que así se deja conmover no tiene derecho á quejarse de la injusticia con que le tratan los hombres, porque no ha sabido elevarse sobre ellos. Suele ser uno de tantos, con suerte más ó menos adversa. Los más injustos en este orden son los que más amargamente se quejan de las injusticias de los hombres. Para tener derecho á que los demás nos juzguen con justicia, es necesario ser muy justo con ellos y mejor aún si somos misericordiosos.

Pero esta justicia, sin buscarla, se al-

canza de los hombres por medio de la paciencia.

Después que la tempestad ha bramado más furiosamente sobre las cumbres de las montañas sin conmoverlas, el sol proyecta sobre ellas más puros los rayos de luz y embellece sus florestas. Cuando los hombres se han esforzado más en zarandear un corazón sin conseguir conturbarle, llega un momento en que se cansan; callan las pasiones; los hombrés tienen momentos lúcidos; están en aptitud para juzgar con acierto. Los corazones así probados se tornan más hermosos. El continuo roce de las contrariedades los pule y les saca brillo, y esa luz que sale de las almas trabajadas por los contratiempos y sostenidas por la paciencia, los da á conocer con toda claridad. Los hombres entonces no se equivocan, juzgan con acierto y se coronan con la aureola del respeto.

Es cierto que esa luz reveladora de

las bellezas del alma y producida por una paciencia constante, no suele brillar sino en la tarde de la vida. Muchas veces es póstuma; resplandece al través del sepulcro; seméjase á los arreboles de la tarde que no hermo-sean las nubes sino después que el sol se oculta en profundos valles más allá del horizonte.

VI

Finalmente, la paciencia es la gran fuerza contra las debilidades del propio corazón. Con ella el hombre todo lo alcanza de sí mismo; y en verdad, que no nos es menos necesaria para ese trato íntimo que cada hombre ha de tener consigo mismo, que para las relaciones sociales.

Es esta materia adecuada para meditar en los dulces ocios de la soledad. Se presta á problemas difíciles y poco estudiados, porque hay que comenzar por estudiar el propio corazón; y de

ahí el que esta ciencia del conocimiento de sí mismo tenga tan pocos cultivadores. *No es apto mi corazón para conocerse*, ha dicho San Agustín (1). Difícil es conocer á los demás; pero no lo es menos conocerse á sí mismo. Chesterfield se admiraba de ver en los salones de Londres sabios que habían tratado toda su vida á los hombres y aún no habían conocido al corazón humano; más extraño es que haya tantos hombres que habiendo vivido muchos años consigo mismos, aún no se hayan llegado á conocer. Más de las dos terceras partes del género humano descenden al sepulcro sin haber tenido consigo mismos un momento de íntima conversación. Nos gusta vivir y conversar hacia fuera, no hacia dentro. Los hombres lo saben casi todo; sólo á sí mismos se ignoran. En muy grave apuro se nos pondría si á cada uno se nos enviase

(1) In Psal. XXXIX. v. 13.

una misión como la enviada por los sacerdotes de Jerusalén á San Juan Bautista en las orillas del Jordán. ¿Quién eres tú? ¿qué dices ó piensas de tí mismo? ¿cómo te defines? (1).

Conversemos un momento con el propio corazón, y si alcanzamos definirnos, comprenderemos la necesidad de la paciencia para tratarnos.

Dicen que en cada persona existe un antitético dualismo, dos hombres que luchan y de quienes cada uno de nosotros podría decir con Luis XIV: *los conozco muy bien*. Yo creo que son más de dos: serán tantos al menos cuantos son los principios que dentro de nosotros mismos pugnan entre sí; porque toda lucha supone pluralidad. Dentro de nosotros luchan no sólo el espíritu y la materia, la conciencia y los sentidos, el alma y el cuerpo, el ángel y el bruto, como diría Pascal, que en nosotros están íntimamente

(1) Joann. cap. I. 17.

unidos y siempre en guerra, sino que aun las mismas potencias del alma están en perpetuo desorden.

Fueron concedidas al hombre para perfeccionarlo y para que en completa y mutua armonía se ayudasen en sus funciones; mas el pecado de tal manera desconcertó la naturaleza humana, que nuestras potencias casi nunca se pueden mutuamente auxiliar sin estorbarse, la fantasía confunde á la razón; el corazón no va acorde con la voluntad; los sentidos perturbaban á la inteligencia y á la imaginación, debilitan á la voluntad y al corazón, y ellos entre sí se empobrecen y destruyen.

En la mayor parte de los actos de la vida, los hombres, sin darse cuenta, abdican en la fantasía los derechos de la razón. En sus pensamientos no les guía la inteligencia que recibiendo la luz de las altas regiones de la verdad, juzga las cosas como realmente son; sino que les inspira y mueve la

fantasía, á quien se presentan siempre los objetos según ella misma se los forma. Los crea y hermosea á gusto del corazón, que asfixiándose en el mundo real, se forja muchos ideales que no existen y en ellos se imagina vivir. Así nuestra fantasía vive engañada y engañándonos, hilvanando ilusiones y fabricando dorados ensueños. Vemos las cosas, no como son en sí, sino como querríamos que fueran. Si nos fijamos bien, observaremos que la mayor parte de las veces discurremos engañados: pensamos que raciocinamos, y en realidad fantaseamos; los impulsos que mueven nuestros pensamientos, no vienen de arriba, de las serenas mansiones de la verdad; sino de abajo, del corazón, de los sentidos. Por esto nuestros juicios suelen variar más fácilmente que los vientos: son volubles como los sueños del corazón y como las creaciones de la fantasía. Hay pocos hombres que siempre discurren con serenidad de juicio; porque en

ciertos asuntos es muy difícil en el juzgar sustraerse á la influencia de la fantasía y del corazón. Las más de las veces vivimos soñando despiertos: y sin duda por miedo de obtener una respuesta que nos humille, no queremos preguntarnos, aun en los casos más serios, si discurremos ó soñamos; esto es, si discurremos por la razón ó por la fantasía, por el corazón ó por los sentidos. Nos falta paciencia para disciplinar nuestros pensamientos y tener á raya nuestra imaginación. De aquí el desconcierto que suele haber aún en las cabezas más privilegiadas.

De la cabeza desciende el desorden á la parte más íntima del alma, á la voluntad y al corazón. Lo que la fantasía es á la inteligencia, es el corazón á la voluntad. Esta es potencia espiritual, principio y centro de las *voliciones* del alma, y de las energías y difíciles determinaciones. Aquél es el órgano de la ternura, del cariño, de

la delicadeza y de la sensibilidad. Estas dos facultades están hechas para armonizarse y completarse. En la voluntad existen la fuerza y la energía; en el corazón la sensibilidad y la poesía. El corazón sin la voluntad es voluble, inconstante, todo le impresiona, tiene mucho que sufrir. La voluntad sin la ternura del corazón, es de hierro y saca sangre á los que toca. Un hombre que sólo tiene corazón sin las energías de voluntad, inspira lástima. Un hombre de mucha voluntad, pero sin corazón, impotente para sentir, es repulsivo: sólo sirve para negocios, no para la vida de familia ó de sociedad.

La perfecta armonía entre estas dos facultades constituye la perfección moral del hombre; pero son muy pocos los que la poseen. Aquí es donde dejó más honda su huella el pecado. Son generales las discordias entre la voluntad y el corazón.

De dos maneras puede el corazón

apartarse de la voluntad: *porque se cansa ó porque se extralimita*. La conciencia nos dicta que hemos de cumplir un penoso deber: con la voluntad lo queremos y lo queremos de veras; pero el corazón con su ternura y sensibilidad se subleva, ó al menos no puede acompañar á la voluntad; se cansa, desfallece, no sentimos gozo alguno, sino repugnancia en el cumplimiento de aquel deber. Entonces *queremos*, pero no *sentimos*, ó lo que es lo mismo, *querriamos querer*, ó como diría David en su hermosísimo lenguaje: *Deseamos tener vehementes deseos: Concupivit anima mea desiderare justificationes tuas.* (1) Hay ocasiones en que parece como que llevamos á remolque nuestro corazón.

Dicen que es muy fácil amar ó querer. Sin entrar en los profundos arcanos filosófico-teológicos de quién sea el inmediato motor que suave-

(1) Psalm. CXVIII, 20.

mente mueve á la voluntad y al corazón para que amen, y sin el cual estaríamos en perpetuo sueño, y fijándome sólo en los fenómenos psicológicos tal como naturalmente se presentan al espíritu humano, creo y sostengo que nada hay tan difícil en la vida como amar, sobre todo cuando á ello se resiste el corazón. La voluntad sin la ayuda del corazón, muy pronto se cansa y se apodera de ella el desaliento. Entonces es más difícil *querer* que obrar.

Esta es la enfermedad más general del corazón, como dice un eminente psicólogo: no está la gran dificultad en *contener* al corazón para que no se extralimite, sino en hacerlo *andar*. Se cansa muy fácilmente, desfallece, siente anemia y se muere de frío. Los corazones están cansados, y las voluntades sin ellos se sienten débiles. He aquí el por qué de las grandes inconstancias humanas.

No obstante, algunas veces el cora-

zón rebosa vida, siente demasiado, más de lo que racionalmente querríamos sentir. Entonces fácilmente se va donde la voluntad no quisiera que se fuese, y la deja sola. También esto es molesto y ha hecho regar con lágrimas todos los rincones del mundo.

Por doquiera donde haya llegado el sol con su luz, ha pasado el hombre modulando los pesares de su corazón. Nadie los cantó tan gráficamente como el Profeta Rey. *Cor meum dereliquit me* (1). *Mi corazón me dejó*. Este pensamiento solo es todo un poema, un completo cantar de las tristezas del alma y de los desvaríos del corazón. Con los acentos de dolor de San Pablo y de San Jerónimo, que cantaban los desfallecimientos y los desvaríos involuntarios de su corazón, han subido siempre al cielo innumerables lamentos de las almas santas, que forman la parte más bella de la poesía cristiana.

(1) Psalm. XXXIX, 13.

¡Ay! qué desconcertados están la inteligencia y el corazón humanos y el hombre en todo su ser; qué gran verdad dijo quien cantó:

¡El hombre es un alma en ruinas!

Para sufrir la molesta compañía de tantos hombres como dentro de nosotros luchan, y vivir en paz en medio de tantas ruinas del espíritu humano, necesitamos valernos de todos los recursos de la paciencia. Hemos de conllevar los ensueños de la cabeza, las inscontancias de la propia voluntad, las ilusiones y desfallecimientos del corazón. Somos siempre niños, ha dicho Balmes, y como á niño hemos de tratar á nuestro corazón; con energías, sí; pero también con amor, mansedumbre y paciencia. Con rigorismos nada se consigue. El hombre iracundo consigo mismo, nunca tendrá el dominio de un alma. El dulcísimo y originalísimo San Francisco de Sales ha escrito páginas de oro sobre la mansedumbre, indulgencia y ternura con

que hay que tratar al propio corazón. (1)

El príncipe de los ascetas dice que con la paciencia y la humildad ayudados por la gracia hay que vencer todas las debilidades humanas. (2)

Pero la gran panegirista de la paciencia como remedio contra las debilidades del propio corazón, es la insigne Doctora del Carmelo. El verso que estamos comentando puede considerarse como la quinta esencia de sus doctrinas ascéticas en orden á Dios, al prójimo y al propio corazón. Tenía omnímoda confianza en la mansedumbre y en la perseverancia, esto es, en la paciencia. En su monumental obra las *Moradas del alma*, elevándose á sublimes consideraciones místicas, pinta con inimitable maestría las grandes luchas del corazón, y como remedio para aquietarlas, reco-

(1) *Vida devota*, part. III cap. IX.

(2) *Imitación de Cristo*, lib. I. cap. XIII.

mienda la mansedumbre constante. No quiere inquietudes, ni impacencias en el corazón para alcanzar la santidad y la victoria de los propios defectos (1). Le disgustaba toda clase de violencias, tenía absoluta confianza en la paciencia. Sabía y lo cantaba con esa gracia de ángel, que nadie jamás podrá imitar, que de Dios, del hombre y del propio corazón solo

La paciencia
Todo lo alcanza.

VII

La paciencia es la fuerza prodigiosa de los débiles.

Con ella todo se alcanza de Dios, de los hombres y del propio corazón. Es piedra de toque que desarrolla luz en el entendimiento y calor en el corazón; distingue las virtudes sólidas de las engañosas apariencias, y completa la aureola de la ciencia y de la

(1) *Moradas* II, cap. único.

santidad. Dios mismo formó su perfecto elogio: *La doctrina del hombre se comprueba por su paciencia y su gloria es no hacer caso de las injurias* (1).

La paciencia es la mayor de las fuerzas humanas; el punto en que se debe apoyar quien pretenda levantarse al mundo moral; fortísima coraza que embota todos los dardos de la maledicencia; la base en la que se disuelven todos los ácidos de las iras propias y extrañas, formando la sal inapreciable de la resignación cristiana; pero sobre todo, nos da alas que nos elevan de la tierra al cielo y nos aproximan á Dios, cuando aquí los abrojos nos punzan y nos sacan sangre. ¡Es tan hermoso el cielo cuando en la tierra se llora! ¡Es tan dulce la memoria de Dios cuando sin abatimiento se sufre mucho!

El corazón vendido y desgarrado por los hombres y zarandeado por los

(4) Prov. XIX, 11.

contratiempos, pero siempre sostenido por una magnánima paciencia, comienza á buscar sus consuelos arriba y poner su confianza en Dios. Luego la gradación lógica exigía que, habiendo pregonado las grandezas de la paciencia nuestra celestial Poetisa, cantara la dichosísima suerte de las almas que en alas de la paciencia se elevaron de las miserias de abajo y se lanzaron á los brazos de Dios. Y esto es lo que magistralmente cantó con esta frase breve, sencilla, lacónica y tan profundamente sabia que compendia casi toda la teología cristiana:

Quien á Dios tiene
nada le falta.

Dios es el objeto adecuado de la inteligencia y del corazón. Hecha la inteligencia para la verdad, y para la bondad y amor el corazón, y entrambos para la belleza; Dios, que es verdad increada, Bondad por esencia, y Amor y Belleza infinitas, puede cumplidamente saciar todos los inconmen-

surables deseos del alma humana.

Dios y el hombre, sin que tal vez éste se de cuenta, se tienen misteriosas simpatías, se animan, se buscan y en cierto modo se necesitan.

El hombre tiene necesidad de Dios, como el pobre del rico, como el débil del fuerte, como el enfermo del médico, como los ojos de la luz, como el árbol de la savia, como los órganos de la sangre, como el alma de la esperanza; y Dios también necesita del hombre.... ¿cómo la Omnipotencia puede necesitar del polvo, la luz de las tinieblas?... ¡Ah, sí, es una verdad que la inteligencia no comprende, pero el corazón la siente, la ama y la adora. Dios necesita del hombre, como el artista del lienzo donde exteriorizar las más grandes concepciones de su espíritu; como el genio después de sus más sublimes éxtasis necesita otra inteligencia á quien comunicar su luz y sus ideales concepciones, otro corazón á quien calentar con sus entusias-

mos; como la madre tiene necesidad de sus hijos para apretarles contra su pecho y contarles los ardientes amores de su alma y las castísimas ternuras de su corazón. Por un misterio que jamás ni los ángeles ni los hombres comprenderán, Dios ama al hombre, y todo amante necesita del corazón amado para hablarle ese lenguaje íntimo que la lengua humana apenas puede articular sin profanarlo, el lenguaje del amor.

Para que se encontraran estos dos seres que se necesitan y se buscan, la misericordiosa y sabia Providencia hace que el hombre se eleve y que Dios se abaje. Sube el hombre y desciende Dios, y cuando se encuentran, se abrazan, y así unidos suben al cielo donde Dios con sus Santos eternamente reinará. (1)

De este encuentro ó abrazo entre Dios y el hombre resulta la felicidad

(1) Apocalip. XXII, 5.

y hartura del humano corazón. Según sea íntimo y perfecto este lazo divino, así serán cumplidas las dichas del alma y satisfechas sus continuas y ardientes aspiraciones. En el cielo este lazo es perfectísimo, indisoluble, porque sin enigmas ni figuras veremos la misma esencia divina como ella es en sí: *sicuti est*, según el lenguaje del sublime Apóstol de los dulcísimos sentimientos. Luego la felicidad allí ha de ser perfectísima, total, eterna.

Aquí el lazo es muy débil. Poseemos á Dios sólamente por fe, esperanza y caridad no perfecta. No sacia los deseos del corazón, y por esto es «cosa cumplida sólo en la otra vida.»

No obstante la imperfección de este lazo, poseer á Dios aunque sea sólo por fe, esperanza y caridad, es la más dichosa suerte que en este mundo nos puede caber. El corazón que de esta manera á Dios tiene, si se compara con los que de El carecen, puede fácilmente cantar que *nada le falta*.

Gran riqueza tiene quien guarda en su alma un gran caudal de fe, de esperanza y de caridad para todo el mundo, para con Dios y para con los hombres. Quien tiene fe, tiene nobleza: no necesita linajudos pergaminos que la atestigüen, quien con un sencillo acto de fe puede plantar su árbol genealógico en el mismo Paraíso y contar á Dios en la primera línea de sus ascendientes. Nunca puede sentirse abatido, ni humillado, ni falto de títulos de gloria quien se contente con este primer título de su filiación divina; porque en lo íntimo de su alma guarda otro especialísimo, que es la gracia santificante, y con ella conserva el derecho de mirar al cielo

Producidor eterno de consuelo (1), y de saludarlo como á su verdadera patria futura. Podrá ser pobre, humilde, rústico, enfermo, no importa;

(1) Fr. Luis de León, *De la vida del cielo.*

es hijo adoptivo de Dios, con derecho á una herencia eterna de paz y de ventura. Para gozarla sólo le falta llegar á la casa paterna de la eternidad. Mientras vive en este mundo está en camino. Su llegada será la muerte que para el cristiano que tiene fe y caridad, es un sueño cuyo despertar es en los brazos de Dios en la gloria. Entre los hombres de fe, de caridad y de esperanza no puede haber desheredados, ni plebeyos, todos son hijos-dalgo y príncipes. Los títulos de nuestra grandeza están contenidos en este diploma que nos extendió el mismo Dios: *Yo dije: Vosotros sois dioses é hijos todos del Altísimo.* (1)

Por el contrario, ¡qué pobre y desconsolada es un alma que no cree, ni sabe lo que es, ni de dónde viene, ni adónde va! ¡Qué solitario un pecho sin esperanzas infinitas! ¡Qué triste un corazón que no ama con amores que

(1) Psalm XXXI, 6.

puedan ser eternos! Los incrédulos renegaron de su realeza y rasgaron los títulos de su filiación divina y renunciaron á la herencia del cielo. Contra ellos ha pronunciado Dios su tremenda sentencia, admitiéndoles la renuncia de la gloria. Después de afirmar de los primeros que eran dioses é hijos todos del Altísimo, ha dicho á los pecadores obstinados: *Mas vosotros como hombres* (esto es, como los que no son más que hombres) *moriréis y como cayó uno de los Príncipes, Luzbel, caeréis* (1).

Inmensamente rico es quien á Dios posee: incomprensiblemente pobre quien de Él carece.

Quien en este mundo le tiene, posee todo cuando necesita en cuanto es morador de esta vida de tránsito. Tiene fe, esperanza y caridad, y éstos son los únicos avíos necesarios del hombre en cuanto es presuroso via-

(1): Ibidem. vers. 7.

jero que va del tiempo á la eternidad, de la tierra al cielo.

Y como lo secundario sigue siempre á lo principal, á estos dones espirituales de la fe y de la gracia, siguen otros de un orden inferior. Dios al unirse al hombre por la gracia, le enriquece de manera que nada le falte, no sólo en el orden espiritual, sino también en el intelectual, moral y material, *en cuanto éstos son necesarios para la conservación de aquél.*

Quien á Dios tiene nada le falta en el orden intelectual.

Podrá no ser matemático, ni astrólogo, ni filósofo, ni retórico, ni haber cursado ninguna de las ciencias humanas; pero tendrá lo que con tanto acierto apellidaba De Maistre el *instinto de la verdad.*

Las personas virtuosas y llenas de Dios *sienten* la verdad; la adivinan en cuanto es necesaria para los actos de la vida; una luz clarísima, no aprendida en ninguna escuela humana, les

ilumina, sin deslumbrarles, y les da un sentido práctico admirable. No han buscado ni encontrado la verdad por medio de algún sistema filosófico, pero están llenos de ella; parece que sus almas se bañan en un océano de luz.

Conocen á Dios que es luz, y esa luz se irradia no sólo sobre la conciencia y sobre el corazón, sino sobre los actos de la vida, y en igualdad de circunstancias les da una gran ventaja sobre los demás hombres. «La ciencia de Dios, dice nuestro insigne Donoso, da al que la posee, sagacidad y fuerza, porque al mismo tiempo aguza el ingenio y le dilata..... yo no sé de ningún hombre acostumbrado á conversar con Dios y ejercitarse en las divinas especulaciones, que en igualdad de circunstancias no se aventaje á los demás.... y sobre todo, no sé de ninguno que, en circunstancias iguales, no saque ventaja á los demás en aquel sentido práctico y prudente

que se llama el buen sentido» (1). El insigne Gaume añadía: «¿ Dónde hay que buscar la ciencia de la vida, la rectitud del juicio, la certidumbre de las afirmaciones, la intuición del conjunto que enlaza el fin con los medios y el medio con el fin, el sentido práctico de las cosas, ese gran maestro de la vida, como le llama Bossuet? No en las academias literarias, ni en las asambleas políticas, ni en las corporaciones que presumen de sabias; buscad todo eso en los verdaderos cristianos (2).»

El tiempo confirma plenamente estas afirmaciones. Cuando nuestros gobernantes eran hombres que poseían á Dios, como Recaredo, San Fernando, Cisneros é Isabel la Católica, se hablaba poco y se obraba mucho. En estos tiempos de incredulidad, los hombres públicos se han apartado

(1) *Ensayo*, lib. II, cap. VIII.

(2) *Trat. del Esp. Santo* tom. 2.º cap. 29.

de Dios, al menos no le quieren á su lado mientras legislan. No se les puede negar el talento; son sabios y doctos y hablan con encantadora elocuencia, pero el *buen sentido* no aparece. En sus inteligencias hay luz; pero es luz infecunda, luz que atonta, luz que disecca, luz que mata las nobles energías del alma de los individuos y de la nación. ¡Ah! es que esas inteligencias no tienen á Dios; y si á la inteligencia que á *Dios tiene nada le falta*, la que de Dios carece, apenas nada de provecho tiene.

Tampoco en el orden moral ni del sentimiento puede nada faltar á quien á Dios posee. Porque la gracia no sólo ilumina la inteligencia por la fe, sino que, mediante las demás virtudes teologales, fortalece la voluntad y enciende el corazón; y ese calor divino del corazón apaga el fuego de los sentidos. Entonces es facilísimo el cumplimiento de la ley. No hay tedios ni cansancios. Callan todas las pasiones

desordenadas, y el corazón suavemente dilatado por las dulzuras de la gracia, velozmente corre por el camino de los más arduos deberes.

Aun en el orden material se siente abundantemente favorecido quien á Dios tiene. Las palabras son terminantes: «Buscad primero el reino de Dios y su justicia y todas estas cosas *materiales* se os darán por añadidura» (1).

De ninguna manera esto significa que se nos dispense de la ley del trabajo corporal. Dios no nos quiere ociosos. En el orden material, como en el espiritual, exige nuestra cooperación. Nos da la gracia y con ella tenemos todos los auxilios necesarios para salvarnos, pero hemos de ponerla en ejercicio practicando actos de virtud, y así nos salvaremos. En el orden material el hombre pone su trabajo, y Dios lo bendice y le da vir-

(1) Lucae XII, 31.

tud fecundante. El hombre riega y siembra; pero Dios hace crecer y fructificar. Con el trabajo del hombre y la bendición de Dios, nada necesario para la perfección última puede faltar en el orden material. Aun la ley del trabajo material ha dispensado en parte la Providencia á los que se consagran completamente á su servicio. El pasaje del Santo Evangelio que cuenta cómo N. S. Jesucristo promulgó esta ley, es de los más tiernos de los libros Santos.

«No andéis solícitos por lo que comeréis ó vestiréis. Mirad las aves del cielo, cómo no siembran, ni siegan, ni tienen graneros, y vuestro Padre celestial las apacienta. Pues ¿no valéis vosotros mucho más sin comparación que ellas?...

»Contemplad los lirios del campo cómo crecen y *florece*n: ellos no labran ni tampoco hilan; sin embargo, yo os digo que ni Salomón en medio de su gloria se vistió con *tanto primor* como

uno de estos lirios. Pues si una yerba del campo que hoy nace y mañana se echa en el horno, Dios así la viste, ¿cuánto más á vosotros hombres, de poca fe?» (1)... «No estéis acongojados cuando busquéis de comer y de beber... Bien sabe vuestro Padre que de estas cosas tenéis necesidad» (2).

Dios tiene, pues, solemnemente empeñada su palabra de honor. Quien á su servicio por completo se consagrare, nada le faltará, como nada le falta á las aves del cielo, ni á las azucenas de los campos. Hace ya dos mil años que continuamente se ven miles y miles de jóvenes de ambos sexos, que, renunciando su patrimonio, pequeño ó grande, salen de la casa paterna, sin más título para sustentarse que esta hermosa institución del Santo Evangelio. En número de muchos millones han cruzado el mundo en

(1) S. Matt. VI, 25 y sig.

(2) S. Luc. XII, 29 y 30.

todas direcciones, y aun no se sabe que uno solo haya muerto de hambre. El mundo los ha burlado y escarnecido, pero siempre movido por secreto impulso ha ido al interior del desierto ó á la puerta de la choza á llevarles un pedazo de pan. Este es el milagro viviente aun hoy en pleno indiferentismo. Es la Providencia divina que ahora como siempre demuestra que en todo orden .

Quien á Dios tiene
Nada le falta.

VIII

No es fácil comprender todas las verdades que encierra un solo verso de los cantares de la inspirada poetisa del Carmelo. Su pensamiento sube tan alto y son á veces tan variados sus vuelos que no es posible seguirle.

Su lenguaje parece divino, no sólo por las admirables bellezas estéticas de su forma, sino sobre todo por los

hermosísimos conceptos de su fondo. Con una sola palabra, con una frase brevísima expresa altísimas verdades de muy distintos órdenes. Sus pensamientos pueden ser estudiados desde muy diferentes puntos de vista y siempre aparecen nobles, elevados, luminosos y sapientísimos. Sus palabras son súbitas ráfagas de luz que iluminan, chispas de fuego que encienden.

Señora de la más distinguida y culta sociedad, Monja santa y Esposa regaladísima de Jesucristo, prácticamente conoce las falacias del mundo, los encantos de la virtud y los arcanos del Corazón de Dios. Vivió más en el cielo que en la tierra. Tenía trato familiar con los Angeles y con muchos Santos; solía visitarla la Virgen Santísima, y habitualmente veía á su lado á Nuestro Señor Jesucristo, que siempre la acompañaba. Como otro San Pablo, no una, sino muchas veces, en éxtasis admirable fué elevada al cielo y en espíritu recorrió aquellas dicho-

sas y eternas mansiones. Allí reconoció algunos de sus parientes y conocidos, entre ellos á sus santos padres (1). Con luz clarísima se le manifestó el misterio de la Augusta Trinidad como principio atrayente y beatificante de las almas. También le fueron mostrados el Purgatorio y el Infierno, y por brevísimo tiempo sintió los espantosos dolores de aquellos tristísimos abismos.

Era, pues, conocedora práctica de la mayor parte de los misterios de nuestra Sacrosanta Religión. Mejor que el Dante, por haber sido testigo ocular, podía haber escrito otra *Divina Comedia*, describiéndonos las misteriosas regiones de *Ultratumbo*. Si lo hubiera hecho, podríamos decir con verdad (y de lo poco que ha escrito lo afirmamos) lo que con ficción un crítico dijo del Poeta de Florencia: «Dante es testigo ocular y auricular de cuan-

(1) *Vida*, cap. XXXVIII n.º 1.º

to refiere. Oyó con sus propios oídos á las almas afligidas exhalar quejas é implorar la segunda muerte. Leyó con sus propios ojos las palabras de color oscuro escritas sobre la puerta donde el que entra deja toda esperanza..... sus pies subieron al monte de la expiación: su frente fué marcada por el angel purificador (1)».

Profunda y práctica concedora del corazón humano y de los misterios de nuestra Divina Religión, hablaba con claro conocimiento de causa, y sus pensamientos son focos luminosos que despiden luz divina y humana; alumbran los tortuosos caminos de esta vida, y nos permiten entrever hondos arcanos de la eternidad. En los escritos de la Doctora de Avila aprendieron y se extasiaron de admiración y de gozo, así el alma tiernísima de San Francisco de Sales y de San Alfonso M.^a de Ligorio, como el

(1) César Cantú, *Biografía de Milton*.

genio de Bossuet y el portentoso talento de Leibnitz. En elevación y grandeza, y sobre todo en el hermoso desorden con que anuncia sus pensamientos según se ofrecían á su alma, se asemeja á los profetas sagrados.

Estos en una sola visión actual solían contemplar los acontecimientos más incoherentes y cuyas realizaciones distaron entre sí miles de años. Por lo mismo anunciaban muchas veces lo futuro como pasado, y lo pasado como futuro, lo divino como humano, lo humano como divino.

Así también la Santa en sus escritos habla juntamente de las cosas más sencillas y de las más trascendentales. Tiene momentos solemnes en los que parece que se sienta en los umbrales del tiempo y de la eternidad y que descubre los anchísimos horizontes de ambos mundos, del visible y del invisible, porque con asombrosa claridad y admirable precisión nos habla así de lo temporal como de lo eterno.

A veces parece que participa de las perfecciones angélicas; porque si los ángeles encierran en muy pocas ideas su amplísima sabiduría, así los secretos más recónditos de la naturaleza como las verdades ideales, la Santa, con una sola frase, canta la acción de la Providencia divina en el cielo y en la tierra en orden al género humano.

Nadie como ella había expresado de una manera más lacónica ni más exacta la dichosísima felicidad del corazón que posee á Dios, ora por la fe en este mundo, ora por visión intuitiva en el cielo. Los ascetas se extendieron en innumerables tratados para probar la paz, el gozo, las bendiciones divinas que sienten los corazones que con plena confianza se dejan en brazos de Dios. Los teólogos escribieron voluminosos infolios para explicar la felicidad que las almas en el cielo gozan de la visión intuitiva. La Santa ha hablado menos y ha dicho más; con una sola frase ha cantado la

acción de la Providencia sobre las almas y los gozos que las hace sentir así en el tiempo como en la eternidad:

Quien á Dios tiene
Nada le falta.

Ese pensamiento es verdadero en todo orden, y tanto más exacto y bello cuanto desde más alto se lo estudia. No sabemos si la Santa lo escribió después de larga meditación y experiencia en las bondades que Dios dispensa á los que á El ya en esta vida se entregan, ó si lo hizo en momentos de sacra inspiración, cuando en éxtasis admirable era arrebatada al cielo y contemplaba las delicias de la gloria. Ignoramos si quiso expresar la benéfica acción de la Providencia sobre los corazones que en solo Dios confían, ó si con un rasgo genial, propio de un alma que ya las ha visto y pregustado, intentó pintarnos las divinas haruras y eternas satisfacciones de los Bienaventurados. Pero lo cierto es

que todo esto expresa con una claridad y exactitud que admiran y asombran.

Este pensamiento aplicado á los moradores de la tierra, es una síntesis del Santo Evangelio, un compendio de la Providencia en sus acciones sobre las almas que creen y esperan. Aplicado á los de la gloria, es la más clara, exacta y compendiosa explicación de la Bienaventuranza. No se puede decir más ni con menos palabras. Todo lo que después se diga, serán comentarios de este pensamiento, pero no se añadirá nada que él virtualmente no exprese.

Quien á Dios tiene en fe y esperanza en esta vida, *nada le falta* de cuanto puede necesitar como viajero que camina á toda prisa de la tierra al cielo.

Pero *quien á Dios tiene* en el cielo, con aquella perfecta posesión, con aquel eterno é indisoluble lazo de amor y de luz, *nada le falta* para satisfacer y llenar la capacidad infinita

de su inteligencia, los ardientes deseos de su corazón, las sublimes aspiraciones de su alma:

Quien á Dios tiene
Nada le falta.

¡Ah! esta frase es admirable, de las más bellas que hayan brotado de la pluma de la Celestial Doctora. Aquí están virtualmente contenidos los más difíciles problemas de la vida humana. Aquí hay materia de asidua meditación para las inteligencias más claras, para los corazones más ardientes y para los genios más inspirados. Raciocinio, genio, sentimiento, todos tienen en esta sola frase amplísimos horizontes donde espaciarse á su talante, sin que lleguen jamás á sus confines. Aquí están comprendidas la teología y la filosofía.

Quien á Dios tiene... pero qué, ¿podemos tener á Dios? ¿Puede el polvo tener á la inmensidad? Sí: ¿y cómo, y de cuántas maneras? Para tener á

Dios ¿qué relaciones son posibles? ¿Cuáles están ya establecidas? ¿cómo las *tenemos* actualmente y de qué modo esperamos completarlas?

He aquí toda la teología, toda la filosofía trascendental del mundo, y aun toda la historia del género humano, porque *todo es para el hombre y el hombre para Dios* (1).

La Santa elevada en alas de la fe, da no sólo por posible sino como real, esa tención divina de Dios por el hombre, y canta:

Quien á Dios tiene
Nada le falta.

¿Habrá algún momento en que *nada falte* al espíritu humano? Arcanos profundos se presentan á la inteligencia con solo pronunciar esta palabra. No sabemos ahora siquiera cuánto es lo que nos falta, porque nadie ha sondeado los inmensos abismos del alma humana, ésta se agranda cuando con

(1) I ad Cor. III.—22 y 23.

mayor atención se estudian aquéllos. Cuanto más damos á nuestra naturaleza, más desea, más hambre tiene, más le *falta*. Seméjase el vacío de nuestra alma á los espacios donde ruedan esos globos de luz que llamamos estrellas. Cuanto mayor es la potencia telescópica para ahondar en sus abismos, más mundos se descubren. No se ha encontrado aún el fondo del cielo y menos el del corazón humano. La Santa parece que ha conocido el vacío del corazón, pues sabe cómo se llena, y es poseyendo á Dios. Para que nada falte al corazón hay que darle un objeto adecuado á su capacidad. El corazón es infinito, luego hay que darle á Dios, ser infinito, y entonces, sí, nada le faltará, porque siempre y en todo orden será una verdad profunda, admirable, consoladora, que:

Quien á Dios tiene
Nada le falta.

IX

Para que Dios sacie las ansias todas de la naturaleza humana, de tal manera que el hombre pueda con verdad decir que teniendo á Dios *nada le falta*, es necesario que entre Dios y el hombre haya un lazo íntimo, perfecto, eterno; que el hombre posea ó tenga á Dios de un modo real, inmediato, completo, absoluto.

Esto está reservado para

Aquella vida de arriba

que

Es la vida verdadera.

En ella, según enseñanza del dogma católico, el alma tendrá á Dios con posesión perfecta, absoluta y eterna, porque se unirá á Él íntima y realmente, amándole sin medida, y conociéndole sin enigmas, ni figuras, ni ideas intermedias, sino con visión inmediata é intuitiva.

Allá la tención divina por parte del

hombre será perfecta y total; y su felicidad, completa y eterna. Los Bienaventurados sí que pueden con la Poetisa Carmelitana cantar:

Quien á Dios tiene
Nada le falta.

Allá ninguna potencia humana habrá que no tenga dichosísima hartura, sin tedio ni cansancio. A ninguna le faltará nada. *Nada faltará* á la inteligencia, porque habrá clarísima luz de la verdad. No una luz como la que en el mundo se proyecta sobre las inteligencias. Esta luz de acá no se manifiesta sino entre penumbras; agranda el vacío de la inteligencia sin que jamás lo pueda llenar, porque es una luz tenue y limitada. Pero aquella luz de arriba que gozan los bienaventurados, es luz plena, perfecta, indeficiente, que da dichosa hartura á la inteligencia sin producir tedio en el espíritu. Luz increada, infinita y creadora de todo cuanto existe. De ella

participan su resplandor todas las cosas luminosas, y contiene ó es el primer principio de los dos órdenes, real é ideal; es el primer foco luminoso del que reciben su luz las inteligencias creadas, y el primer principio eficiente que da el ser á todos los seres. Es el término formal, el término adecuado de todos los entendimientos, y á ella dicen relación trascendental todas las inteligencias creadas. Es toda la verdad increada, y representa, (porque las contiene como causa) todas las verdades creadas. Luego en aquella luz divina están todas las verdades reales y posibles. Luego es metafísicamente imposible que, alcanzada aquella luz divinal, no se satisfaga completamente la inteligencia humana. Si con la posesión de toda la verdad allí contenida no se quedara cumplidamente saciada el hambre inmensa de la inteligencia creada, desearía algo fuera de la razón formal de verdad; y esto es absurdo, tan ab-

surdo como que el ojo corporal vea lo invisible, esto es, lo que no tiene ni luz ni color, ó como que el tacto palpe lo intangible.

No; nada faltará á las inteligencias cuando allá lleguen á poseer á Dios; eternamente dichosas, se moverán dentro de aquel inmenso piélago de luz con mayor holgura que las nubes y los vientos bajo la azulada bóveda del firmamento, sin salirse jamás de sus inmensos horizontes, ni lo podrán siquiera desear.

Nada faltará á la voluntad, porque reflejándose en ella necesariamente la plenitud de la luz de la inteligencia, ha de causar, como en ésta, felicidad y hartura. Creadas estas dos potencias para guiarse y marchar en perfecta armonía, no puede estar todavía en camino la una, habiendo ya la otra llegado á su término. Estando la inteligencia eternamente extasiada en la visión intuitiva de la luz increada, necesariamente la voluntad estará

también embriagada en el gozo inefable de la Bondad Beatífica.

La divina Esencia, de la misma manera que contiene en sí toda la verdad, incluye también toda la bondad creada é increada, porque es la Bondad esencial y el Principio eficiente y formal de toda bondad y de toda belleza: y del mismo modo que sacia las inteligencias por la verdad, satisfará eternamente las voluntades por el amor del Bien y el gozo de la Belleza.

San Agustín estuvo muy acertado al definir la Bienaventuranza, el gozo de la verdad: *Gaudium de veritate* (1). *Nada faltará* allí al corazón ni á ninguna de las demás facultades sensitivas, cuyo ejercicio completa las perfecciones del hombre. La posesión de Dios no destruye la naturaleza, sino que la completa. Y así, además de esos gozos puramente espirituales de

(1) Confes. L. X cap. XXXIII.

la inteligencia y de la voluntad, existirán todas las funciones corpóreas que, sin envolver imperfección, convienen al complemento de la naturaleza humana. Sobre todo, no faltarán allí esas delicadas afecciones de amor santo, de regalada ternura y de finísima sensibilidad cuyo órgano es el corazón, y que suelen formar el carácter distintivo y la más hermosa corona de la inocencia de las almas santas.

Sin duda que esas afecciones sensibles no son de la esencia de la Bienaventuranza, ni pueden aumentar *intensivamente* la felicidad de los santos, como afirman algunos teólogos escolásticos de la Edad media (1); pero tampoco la impiden, según pretendían aquellos filósofos platónicos que tan victoriosamente rebatió S. Agustín (2).

(1) Christian Pesch, *Praelec. Dog.* tom. 3.º sect. II. art. IV. n.º 491.

(2) *De Civ. Dei*, lib. XXII, cap. XXVI.

Los gozos materiales no son parte esencial de la Bienaventuranza, pero son su último complemento.

Algunos oradores y ascetas suelen presentarnos el cielo de una manera tan puramente espiritual y abstracta, que se necesita todo el esfuerzo de una meditación asidua para quererlo. Tratando del cielo, no saben hablarnos más que de Dios infinito en bondad y belleza y rodeado de luz y teniendo en perpetuo éxtasis á las inteligencias y á las voluntades. De la fantasía, del corazón y de los sentidos, facultades no tan nobles como las primeras, pero no por esto despreciables, nada nos dicen, como si debieran estar en perpetuo sueño.

Este modo de considerar el cielo será muy elevado; pero poco al alcance de nuestro actual modo de ser. No basta anunciar una verdad, hay que anunciarla toda entera, y á poder ser (y siempre se puede de alguna manera), hay que relacionarla con el cora-

zón, ya que por él ha de pasar para ser creída y para ser puesta en práctica. En el caso presente, la verdad entera y del todo conforme con nuestros sentimientos más tiernos, es que cuando en el cielo enteramente poseamos á Dios, además del placer esencial de la inteligencia y de la voluntad, tendremos también los puros gozos de la parte sensible y especialmente los que tienen por órgano al corazón. Esta es la doctrina de Santo Tomás (1), y después de él de todos los teólogos cristianos, y la única que puede satisfacer todas las ansias y aspiraciones del espíritu humano.

Balmes, que en su corazón sentía vivamente esta verdad, quería defenderla en el terreno puramente filosófico, aunque, sin duda porque no le venía al caso, no hizo un estudio detenido, y se limitó á formularla: «¿Quién sabe, pues, dice el pensador,

(1) S. Thomas, I-II. Quaes. IV art. V y VI.

si la voluntad, aún después de esta vida, andará acompañada de afecciones semejantes á las que ahora siente, bien que depuradas de la parte grosera, que mezcla en las mismas el cuerpo que agrava el alma? No parece que haya en esto ninguna repugnancia intrínseca. Y si las cuestiones filosóficas pudieran resolverse por sentimiento, me atrevería á conjeturar que ese bello conjunto de facultades que llamamos *corazón*, no descende al sepulcro sino que vuela con el alma á las regiones inmortales» (1).

Nos resta sólo aducir el testimonio de la fe, del corazón y del genio. Todo se encuentra reunido en este pasaje de un alma grande que tenía fe, sentimiento y genio, y no concebía el cielo sin los puros goces sensibles del corazón; no sabía representarse completa la Bienaventuranza, si con ter-

(1) *Filos. fundam.* lib. III. cap. XXXI.

nura y sensibilidad no podía amar á los que aquí amaba. Me será difícil reducir la cita, porque son tan soberanamente bellas las páginas de ese escritor, que se requiere gran esfuerzo para no hacerse plagiario. «¿Si vivo *en el cielo*, por qué razón no habrán de vivir todos los míos?... Los reconoceré; perfeccionaré la vida, la amistad, el amor, la paternidad, que *aquí* solamente habían sido esbozados. Les daré amplitud. Hijo, correré la prolongada serie de mis antepasados hasta su comienzo: les reconoceré á todos. Padre, recorreré la de mis hijos hasta el día en que mi sangre se extinga porque Dios lo quiera ó por culpa mía. Volveré á encontrar á mis amigos, á cuantos he amado. Les amaré verdaderamente. Nos reiremos juntos de esa pobreza á la cual antes llamábamos amor. Tal es mi absoluta fe... Esta vida que *aquí ahora tenemos* de la familia, de la amistad, del amor, de la sociedad, tendrá como la

otra *la de la inteligencia*, su complemento» (1).

Luego recoge los ecos de la tradición y Santos Padres, y desde Tertuliano hasta Fenelón prueba que todas las almas grandes han profesado estas verdades de ternura, y se indigna contra los *falsos místicos que hielan las almas*, y, sin intentarlo, crean sus necias doctrinas abismos entre los más nobles instintos del corazón humano y la Religión (2).

Acerca del *cuándo* comenzarán en el cielo estos gozos sensibles, no están acordes los teólogos. Santo Tomás dice que, si bien es verdad que las almas de los condenados, á pesar de no estar actualmente unidas á sus cuerpos, padecen ya, por un gran milagro de la Omnipotencia de Dios, todos aquellos tormentos materiales y sen-

(1) Mr. Bougaud, *El Cristianismo en los tiempos presentes*, 1.^{ra} part., cap. XIII.

(2) *Ibidem*.

sibles que *naturalmente* no pueden experimentar sino mediante los sentidos; las del cielo, afirma, hasta que se unan á sus cuerpos el día de la resurrección general, no experimentarán ninguno de aquellos gozos sensibles para los que el ama naturalmente se vale de los órganos corpóreos: y añade el Santo, que Dios obra este milagro en los condenados para su tormento, y no en las del cielo para el complemento de su gloria; porque sentir el alma sin los sentidos aquellos dolores ó gozos que naturalmente ha de experimentar por el ministerio de los órganos sensibles, es fuera del orden natural. En los condenados se invierte este orden para su mayor castigo, porque habiendo ellos por el pecado y para su placer trastornado el orden natural mientras vivieron en el mundo, justo es que ahora allá se invierta para su castigo. Los Santos practicando la virtud siguieron las leyes de la naturaleza.

Luego tampoco debe ahora invertirse en el cielo para aumentar su gloria accidental (3).

Según esta doctrina del Angélico Maestro los santos del cielo no disfrutarán de gozos sensibles hasta que las almas vuelvan á unirse á sus cuerpos después de la resurrección. Hasta entonces no obtendrá el último complemento su Bienaventuranza. Pero en último término es siempre cierta esta gran verdad, que tarde ó temprano

Quien á Dios tiene
Nada le falta.

¿Y qué clases de funciones y gozos sensibles habrá en el cielo? Prescindiendo de la extraña opinión de ciertos teólogos modernos, opuesta en este punto á la doctrina general de los santos y teólogos, es indudable que deben excluirse del cielo aquellas funciones

(3) *Comp. Theolg. ad Fr. Reginaldum*, cap. 179.

sensibles y por consiguiente sus gozos, que se ordenan exclusivamente á proveer á las precisas necesidades individuales ó específicas de la vida humana en este mundo. No habrá, pues, el uso de manjares ni de bebidas, según indica el Apóstol (1).

Concluyamos este cuadro con un bellissimo rasgo de Nuestro Señor Jesucristo, quien respondiendo á los Saduceos que insidiosamente le preguntaban si en el cielo habría ciertos placeres, les dió esta admirable lección de pureza. «Os equivocáis por no entender las Escrituras ni el poder de Dios. Después de la Resurrección no habrá esposas ni festejos nupciales, *neque nubent neque nubentur*, sino que serán y *vivirán* como los ángeles de Dios en el cielo (2).»

Todas las demás facultades sensibles tendrán sus propias funciones y

(1) Rom. XIV—17 y I. Cor. VI. 13.

(2) Matth. XXII—29, 30.

de una manera más perfecta que en este mundo. El corazón, la fantasía, la vista, el oído, el tacto, no estarán en perpetuo sueño, sino en perfectísimo, y dulcísimo ejercicio (1). La perfección, armonía y belleza de sus actos, y la intensidad de su gozo, no las podemos ni siquiera barruntar. Contemplando David la gloria del cielo en profética visión, nos dice que su alma quedó extática y absorta, y como completo añade: «mi corazón y mi cuerpo transportáronse de gozo» (2).

Así la Bienaventuranza católica es tan perfecta y cumplida como perfumada de pureza y rodeada de hermosura. No cabe en ella ninguna imperfección, ni se olvida ninguna legítima facultad. Cuanto de tierno, de puro, de bello, de grande puede el espíritu humano concebir y desear, allá se encuentra elevado á su más

(1) Cristian Pasch, id. supra, n.º 499.

(2) Psalm. LXXXIII—3.

alta potencia de perfección y de belleza.

¿Quieres saber, alma mía, qué gozarás cuando poseas á Dios? San Pablo lo vió y lo oyó, y dijo que el lenguaje humano no tiene palabras para expresarlo. Mi madre lo vió y lo preguntó, y cuando quiso explicar los inefables gozos del alma unida á Dios en eterno lazo, no supo sino balbucear este bellissimo canto:

Quien á Dios tiene
Nada le falta,

porque allí está el complemento de cuanto el alma más sedienta pueda desear.

Inquieto corazón humano: cree y espera y dilátate mirando al cielo, que por elevar mucho tu pensamiento jamás te sentirás burlado.

Si amas y sueñas en la tierra serás muy desdichado; porque la predisposición á la delicadeza, á la ternura. al sentimiento de lo grande y de lo be-

llo, es una credencial para el sufrimiento. Mira á las almas bellas y tiernas y casi siempre las verás llorosas. Los poetas aquí cantan llorando.

Por cada amistad obtendrás un desengaño: por cada ilusión un desencanto; por cada favor una ingratitud.

Casi todo pensamiento bello y elevado es realmente una ilusión, un sueño que se desvanece enseguida que le tocan los luminosos rayos de la prosaica realidad.

Pero si amas y esperas en orden al cielo, puedes agrandar hasta lo infinito los horizontes de tus ilusiones y de tus esperanzas, porque es ciertísimo que quien al cielo dirige su pensamiento,

Tanto alcanza cuanto espera.

Cree y espera y ama en orden al cielo, y amontona los ensueños puros de tu tranquila infancia y de tu fogosa juventud, y los que con la rapidez del relámpago han pasado por delante de

tí al tocarte alguna chispa de sacra inspiración; únelos á tus más ardientes deseos de verdad, y de ternura santa; centuplica las creaciones todas del espíritu humano, y cuanto así de grande, bello, tierno y puro puedas vislumbrar, encontrarás completo en el cielo donde *nada falta*, porque serás dulcemente *embriagado con la abundancia de la casa de Dios* y beberás en el torrente de las delicias divinales (1).

Porque allí tendrás á Dios *que es la Fuente del vivir* (2), y en todo orden es verdad en el cielo, y en la tierra, en la poesía y en el dogma y en la ascética que

Quien á Dios tiene
Nada le falta.

(1) Psalm. XXXIV, 9.

(2) Psal. XXV, 10.

X

Solo Dios basta

es el último acento del divinamente inspirado cantar de mi Madre.

Es un gemido del corazón desterrado cuyos ecos dulcísimos repercuten constantemente en todas las almas que meditan, en todos los pechos que sienten, en todos los corazones que sufren y esperan.

Es una fórmula clara, sencilla, que resume y compendia las ansias de las almas, el malestar del género humano mientras peregrina lejos de la dulce patria del cielo.

Este pensamiento no es una ampliación del anterior, es su antítesis. La Santa, elevada en alas de la fe y sostenida en éxtasis de altísima contemplación, conoció prácticamente que Dios, por sí solo sin auxilio de nadie, podía acudir á todas las necesidades del corazón humano en este

mundo y saciar las inmensas aspiraciones de nuestra alma en el otro. Con sencillez y ternura de Virgen y con gracia de ángel cantó este gran dogma cristiano, diciendo:

Quien á Dios tiene
Nada le falta.

Pero era conveniente completar ó esclarecer más esta consoladora verdad, colocando en frente de ella la impotencia de todos los demás seres para dar hartura al alma. No basta consolar al corazón diciéndole que en Dios hallará el complemento de todos sus deseos. Como Dios está muy alto y siempre cuesta levantar arriba el corazón, hay que desengañarle y convencerle que fuera de Dios en ninguna otra parte encontrará cumplidas satisfacciones. La Excelsa Doctora Carmelitana enseñó esta segunda verdad de la general impotencia de todos los seres para saciar las continuas aspiraciones del alma, expresándola

en esta hermosísima frase que compendia la filosofía y la historia.

Solo Dios basta;

Dios de por Sí es suficiente para hacer la completa felicidad del corazón humano, pero fuera de Dios, nada le basta, nada le llena:

No le bastan ni talentos, ni riquezas, ni honores, ni placeres, ni los hombres, ni los ángeles; ni en el cielo, ni en la tierra, ni en el tiempo, ni en la eternidad, hay algo, fuera de Dios, que al espíritu pueda aquietar, porque es una indiscutible verdad del dogma, de la filosofía y de la historia que

Solo Dios basta.

Quien en Dios haya puesto el pensamiento, el corazón y la confianza, lo tiene todo en el destierro y en la Patria, porque posee á Dios, y es verdad también ciertísima que

Quien á Dios tiene
Nada le falta.

Aunque un solo hombre pudiera reunir en su persona y para gozarlos á la vez y eternamente la sabiduría de Salomón, la gloria de Ciro, la fortuna de Alejandro, las riquezas de Cresos y las delicias de Corinto, sería como si nada tuviera, porque todas las glorias humanas, los más refinados placeres y todas las orientales opulencias sólo consiguen entretener al corazón humano; jamás le darán hartura, y pronto producen tedio y cansancio; porque todos los gozos de cosas creadas no son adecuados á la capacidad del alma racional, por cuanto todos estos gozos han de ser limitados, y las aspiraciones del alma son infinitas. Por esto el ingenio del hombre, que se fatiga en buscar medios con que aquietar el corazón humano para que esté contento en la tierra, tropezará siempre con esta indestructible verdad

Solo Dios basta.

Quien tenga en su favor á los hombres con todos sus recursos, la espada de los generales, la ciencia de los sabios, el genio de los artistas, el apoyo de los grandes y los aplausos de la plebe; el talento, la fortuna, la elocuencia, la astucia y todas las gracias de la naturaleza, si le falta Dios, nada es, nada tiene, nada vale, nada puede; su gloria se disipará como el humo, pasará como sombra, *velut umbra*. Lo más que llegará su gloria real es hasta la tumba. Allí lo más tarde se eclipsará, y, antes ó después, Dios se burlará de él, aplastará su orgullo, humillará su altivez, y jugará con la orgullosa potencia humana como las ondas del océano con una cáscara de nuez, como con la hoja seca desprendida del árbol juegan la tempestad y el huracán. Y á las arrogancias humanas contestarán siempre la filosofía y la historia, el individuo y los pueblos, la razón y el sentimiento, la poesía, la religión y el genio que

Solo Dios basta.

¿Y por qué solamente Dios es suficiente para el hombre? ¿Dónde está la razón de este dogma? En el fondo mismo del alma humana.

Es evidente á todo quien converse de vez en cuando consigo mismo, que nuestro ser, nuestras facultades, nuestra actividad, nuestras acciones están en desequilibrio.

Nuestra actividad ó fuerza inmanente es mayor que nuestra acción. La fuerza de los deseos que sentimos en la inteligencia acerca de la verdad, y en el corazón acerca del bien y de la belleza, es infinita. La acción de ambas facultades, que no es más que la misma actividad en ejercicio, es siempre limitada, porque ninguna acción puede extenderse más que su principio eficiente, que como toda potencia creada, es siempre limitado, finito. Queremos conocer toda la verdad y amar todo lo amable. Bajo este concepto, nuestra actividad es infinita;

no se limita á ningún ser determinado, se extiende á todos y mientras no lo *comprenda todo*, y no sepa la última razón de todas las cosas y las posea todas, no descansará nuestro corazón.

Pero naturalmente no podemos comprender con actual conocimiento toda la verdad; porque es cierto que no conocemos más verdades que las contenidas ó expresadas por aquella idea que estamos actualmente contemplando ó estudiando. No podemos decir que entendamos aquello en que actualmente no pensamos, y á la vez no pensamos nunca en ideas de distintos órdenes. Los pensamientos ó contemplaciones intelectuales acerca de diversos objetos serán muy rápidos, pero siempre son sucesivos. El entendimiento, pues, por privilegiado que sea, no entiende actualmente sino las verdades que le manifiestan las ideas expresadas. Pero toda idea por su propia naturaleza es limitada, es finita. Luego jamás idea alguna

podrá ofrecer al entendimiento *toda* la verdad que es infinita. Y como por otra parte, el corazón ó la voluntad nunca pueden extenderse más allá de los rayos de la luz que la inteligencia les envíe, siempre será también limitada la acción de la voluntad; no poseerá nunca con la posesión del amor más que un muy contado número de objetos. Esto no puede satisfacerle. Luego el hombre *dejado á sus propias fuerzas*, está condenado á desear siempre la verdad infinita y el amor inmenso y la belleza ilimitada, sin que jamás pueda ni comprender la Verdad, esto es *toda* la verdad, ni poseer el Bien, ni contemplar la Belleza. Vislumbra más de lo que puede ver y comprender; desea más de lo que puede alcanzar. Su actividad inmanente ó sus deseos son infinitos, ilimitados. Su naturaleza, su ser, y por consiguiente su acción ó actividad en ejercicio son limitados. Hay, pues, desacuerdos entre su acti-

vidad ó deseos y su acción, entre sus actos y su naturaleza.

Aquí está el por qué de las torturas del corazón, y de las inquietudes del alma en este mundo. Para aquietarla hay que equilibrar la naturaleza con los deseos. De la naturaleza humana podemos afirmar lo que de todos los seres en general ha dicho el insigne Lacordaire: «Una acción superior á su actividad le es imposible; una acción inferior no le basta: una acción igual á su actividad es la única que le pone de acuerdo consigo mismo y con el resto del universo» (1).

Y ¿cómo podrá establecerse esta tan bella armonía? ¿Cómo poner de acuerdo deseos inmensos ó actividad infinita, con una naturaleza y con unas acciones esencialmente finitas y limitadas? Hay que *eleva*r la naturaleza ó las facultades, y por consi-

(1) Conferencia sobre la *Vida interior de Dios*.

guiente la acción, ó *abajar* los deseos ó la actividad. Hay que hacer de alguna manera infinitas la naturaleza y las potencias ó finitos los deseos.

He aquí planteado el gran problema, tormento y á la vez consuelo del espíritu humano.

Aquí está la línea divisoria que separa al naturalismo y racionalismo del Catolicismo.

El primero quiere establecer la armonía en nuestro ser, apagando toda idea, todo sentimiento de lo infinito; borrando toda huella de Dios impresa en nuestra alma. Pretende equilibrar este desconcertadísimo mundo del espíritu humano, no aproximando lo menos noble á lo más perfecto y elevado; sino al revés, abajando lo más elevado á lo menos perfecto, el espíritu á la materia. Quita el elemento infinito para que, no habiendo, como en los brutos, más que elementos, tendencias y aspiraciones materiales y groseras, no existan en nuestra alma

dualismos entre la virtud y el vicio, entre lo temporal y lo eterno, entre las aspiraciones y las fuerzas para satisfacerlas.

Para los racionalistas el infinito es una quimera; pensar en él, amarlo y desearlo, una enfermedad crónica del espíritu humano. Para curarla hay que cohibir al corazón para que nunca piense en cosas de más allá de los confines del tiempo y de la materia. Así, no pensando en Dios, ni deseando nada ultramaterial y ultrasensible, nos bastaría la tierra y en ella nos encontraríamos contentos y satisfechos en completa paz, holgura y libertad.

Pero no es fácil que el racionalismo pueda completar su obra; había que fundir la naturaleza humana y fabricarla en otro molde. El soplo divino, aquella *respiración* de vida que Dios infundió en el primer hombre y (al crearlas) en cada una de nuestras almas, natural y espontáneamente tiende y

retorna á su principio, á Dios. Es la ley de la gravitación de los espíritus que aun inconscientemente obra sobre ellos como la ley de la gravitación universal sobre las moléculas de los cuerpos. La incredulidad, el escepticismo no sistemático, los desórdenes de la vida, podrán adormecer por algún tiempo los deseos de lo infinito, la necesidad de buscar á Dios; borrarla, jamás. Los graves desordenes de de la vida, el clamoreo de las pasiones pueden neutralizar esa atracción de los espíritus hacia Dios; cortarla nunca. Los hombres son incrédulos mientras no piensan en sí mismos. No oyen á su corazón, cuando no quieren escucharle porque tienen miedo á sus palabras íntimas; pero tarde ó temprano se hace oír.

Un gran escritor ha dicho que para no creer, por ejemplo, en el alma, se necesita un esfuerzo tan grande que el género humano entero no es capaz de hacerlo, porque «á la menor dis-

tracción se encuentra uno creyendo otra vez en el alma» (1). Mayor esfuerzo y atención se requiere para no desear de alguna manera lo infinito y lo eterno. Si el racionalista se distrae, piensa en Dios y fácilmente se le escapa la plegaria de sus labios cuando sufre, ó alguna confesión ingenua que compromete gravemente sus sistemas y su lógica, cuando alguna súbita inspiración de la verdad le ilumina y no le da tiempo para reflexionar que le conviene hacer el descreído. De las tristezas y confesiones ingenuas que se han escapado á los más caracterizados racionalistas y más enemigos del Catolicismo, podría escribirse innumerables volúmenes. Por entre las nubes de su incredulidad, entrevén algo *más allá* y á pesar suyo loa manó cuando menos *desearían* quererlo y amarlo y sentirlo como otros más fe-

(1) *El Cristianismo y los tiempos presentes*, 1.^a part. cap. XIII.

lices lo aman y sienten. Están en las agonías del alma que se axfisia porque la privaron de las auras de vida sobrenatural, y nunca acaba con esto de morirse, porque en este deseo vago de lo infinito que le atormenta, el alma es inmortal como en su ser, y le es tan natural el sufrir en este mundo en el que no está su destino adecuado, y el amar y tender á lo inmenso, como á su vida física. Es una grande verdad que en este mundo *el hombre hasta por instinto ruega y llora* (1).

A todos esos hombres que se empeñan en ser incrédulos y en prescindir del cielo queriendo ser felices en la tierra, lo mismo que á los creyentes, sólo Dios les puede bastar.

Cuando les parezca que ya han encontrado bastante luz y calor y belleza en la tierra y que han establecido perfectas armonías en el alma, bo-

(1) Lacordaire, *Cartas á un joven*, Carta 1.^ª.

rrando todo recuerdo de arriba, la misma naturaleza se encargará de desmentirles con sus inquietudes, y pasados los paroxismos de la incredulidad, su alma les gritará como el poeta de Sorrento, *luz, más luz.*

No; el racionalismo no establecerá jamás las armonías en el corazón humano, no puede encontrar nada que le haga feliz, nada que le baste.

El Catolicismo tiene resuelto este gran problema de una manera que basta plantearlo para que se vea su origen divino, porque el hombre no es capaz de soñar cosas tan elevadas.

La solución católica es tan opuesta á la solución racionalista, como la verdad al error, como la luz á las tinieblas.

Levanta la naturaleza humana y las facultades, y por consiguiente las acciones, á la altura de los deseos ó aspiraciones del alma. Hace las potencias y las acciones en cierto modo infinitas, como las aspiraciones ó deseos

y les presenta sus objetos adecuados. Así se establece la armonía en el corazón.

El racionalismo pretende la armonía *abajando* lo que en el hombre hay de más elevado. El Catolicismo la establece *levantando* lo que en nosotros estaba más *abajo*.

El racionalismo no quiere que el corazón desee ni aspire, sino á aquello que por sus propias fuerzas puede en la tierra alcanzar. El Catolicismo levanta al hombre, ennobleciendo la naturaleza y las facultades para que nuestras acciones puedan ser proporcionadas á los objetos de las más nobles aspiraciones del alma.

La serie de íntimas relaciones que Dios establece con los hombres para esta divina elevación de nuestro ser, constituye un conjunto de augustos y adorables misterios que en su estudio han ejercitado á los más privilegiados talentos y han embriagado de dulcísi-

mas consolaciones á las almas que con fé los han contemplado.

Para el objeto presente sólo podemos levantar una punta del velo que los cubre y adorarlos con fe sincera, hasta que llegue el día en que veremos claramente todas estas maravillas del mundo invisible de la gracia.

XI.

Para establecer la armonía en nuestro corazón, Dios Nuestro Señor comienza por *eleva*r ó dignificar la naturaleza de nuestra alma, mediante la gracia divina.

La gracia es una participación de la Divinidad, una forma sobrenatural que, añadida á nuestra alma, la deifica y hace renacer á cierta vida divina.

Por la infusión de la forma humana que es el alma, nacemos á la vida humana, y por la infusión de la gracia santificante, que es una forma deífica,

nacemos á una vida sobrenatural y divina.

Así se comprende la profunda significación del lenguaje de la Biblia y de los Santos Padres de la Iglesia cuando á los hombres que están en gracia de Dios les llaman *deíficos é hijos de Dios*. Nuestro Señor Jesucristo nos dice que no nos salvaremos si no somos *reengendrados del Espíritu Santo* (1). San Juan habla de los que *han nacido y conservan el germen de la divinidad que les hace impecables é hijos de Dios* (2). Y San Pedro dice que Dios nos ha otorgado muchas gracias para que *nos hagamos participantes de la divina naturaleza* (3).

Los Santos Padres, genuinos intérpretes de la Revelación y de los divinos misterios, no han tenido reparo en usar un lenguaje en *que consideran al*

(1) Joan. III. 5.

(2) I Joan. III. 9.

(3) II Petr. I. 4.

hombre elevado á los honores de una divinidad participada. «El Espíritu Santo nos infunde cierta forma divina; y reformándonos el mismo Espíritu Santo por la santificación (esto es por la gracia) resplandece en nuestras almas el carácter de Dios y del Padre.» Tal es el lenguaje de San Cirilo de Alejandría (1). No es menos terminante el gran San Ambrosio: «Con razón dijo uno: Somos de su misma raza (de Dios) pues nos ha hecho de su mismo parentesco para que busquemos aquel distintivo divino, que no está lejos de cada uno de nosotros» (2). La misma doctrina exponía San León el Grande en esta patética exclamación: «Reconoce ¡oh cristiano! tu dignidad. Y hecho participante de la naturaleza divina, no quieras por una conducta indigna volver á tu primera vileza» (3)

(1) *Oratio 2.^a In Isaiam I. 4.*

(2) *Epist. XLIII, n.º 10.*

(3) *Serm. 21 in Nativ. Domini.*

Por último, la Iglesia reunida en la augusta asamblea de Trento puso el sello de la infalibilidad á estas consoladoras verdades (1). Condenó la doctrina de los herejes protestantes y calvinistas que, empeñados en deprimir á la naturaleza humana, afirmaban que Dios justificaba ó elevaba al hombre de una manera puramente extrínseca, sin inmutarle intrínsecamente. Si un príncipe eleva á un pobre á la dignidad de hijo adoptivo, está claro que esta gracia no le inmuta su naturaleza real é íntima. La pompa podrá disimular sus defectos; pero realmente será como antes, enfermo é ignorante si primero lo era. Así entendían Lutero y Calvino la gracia de nuestra divina elevación á la dignidad de hijos de Dios. La Iglesia condenó esta interpretación como falsa y herética. Luego la gracia eleva la naturaleza de nuestra alma inmu-

(1) Sess. VI., Can XI.

tándola real é intrínsecamente, y deificándola le concede una dignidad y perfección en cierto modo infinitas.

Dignificada la naturaleza, debían elevarse también las facultades; porque si de la naturaleza del alma emanan las facultades naturales, así de esta segunda naturaleza deificante que por la gracia se añade al alma, fluyen la fe, la esperanza y la caridad y otros dones sobrenaturales que van á informar al entendimiento y á la voluntad é inmutar intrínsecamente á estas dos potencias, elevándolas á una perfección sobrenatural y haciéndolas capaces de actos de valor proporcionado á la Verdad y Bondad increadas.

Así *comienza* á establecerse la codiciada armonía de nuestros deseos infinitos con nuestras facultades y con la naturaleza del alma que también tiene ya cierta infinidad.

Los que así han sido elevados, practican ciertos actos que los demás hombres no pueden practicar. Sí; con la

gracia, la fe, la esperanza y la caridad, que elevan la naturaleza y las facultades del alma, hacemos actos que exceden la capacidad natural del hombre.

Los cristianos creen verdades que los demás hombres no pueden ni siquiera concebir y las consideran como el colmo del absurdo y del ridículo; y esta creencia ha sido tan íntima y sincera que no sólo ha regulado todas las costumbres de los pueblos, sino que los fieles la han regado voluntariamente con la sangre de dieciocho millones de mártires. ¿No es esto sobrenatural? Han amado con dulcísimo placer, con embriagadora complacencia lo que al resto del género humano siempre ha causado repugnancia y desprecio, los pobres enfermos y desvalidos. Han, no sólo perdonado, sino también amado á los enemigos; y en medio del mundo y en los desiertos, en las cortes y en las chozas, en todos los climas y naciones, y á pesar de

todos los temperamentos, han practicado las dos virtudes más en pugna con la naturaleza humana: la humildad más profunda y sincera, y la castidad llevada hasta su más alto grado de pureza virginal. Todo esto han hecho los cristianos. Si esto no es sobrenatural ¿cómo es que no pueden practicarle sino las almas que se abrazan con la Cruz, que viven á su sombra y que se alimentan de su savia, que se transmite por los sacramentos, y que es savia vivificante, de gracia, de fe, de esperanza, de caridad y de amor?

Preveo la objeción que naturalmente le ocurrirá á quien lea lo que precede.

«En la mayor parte de las personas piadosas no se conoce que estén elevadas á un orden sobrenatural, puesto que suelen tener iguales ó mayores defectos que el resto de los hombres y se cuidan poco ó nada de practicar la caridad y pureza y demás virtudes que se señalan como efectos de la gracia.»

Esta objeción no tiene más mérito que el de ser muy especiosa y como tal sofística. Concrétense los términos y apenas merecerá los honores de ser contestada.

¿Qué se entiende aquí por hijos de Dios, ó sea por hombres que están actualmente elevados al orden sobrenatural? No los que hacen el piadoso, no por convicción religiosa, sino por convencionalismo, por pura farsa. Si abundan ó no, no debo ahora examinarlo. Tampoco lo son los que habitualmente están en pecado mortal, aunque conserven el carácter del Bautismo. Estos por el pecado *descendieron* de la alta dignidad de hijos de Dios. No conservan ni la gracia, ni la esperanza, ni la caridad que los elevaban á un orden sobrenatural. Si guardan algo de fe, será una fe muerta.

De todos estos podían decir los verdaderos hijos de Dios aquello de San Juan: Estaban con nosotros, *pero no*

eran de los nuestros (1). La objeción queda, pues, reducida al escaso número de los cristianos prácticos y sinceros que conservan en sus almas la santa gracia de Dios.

Que también éstos puedan tener sus debilidades y aun grandes caídas que les hagan perder la gracia santificante, es no sólo una verdad práctica que se palpa todos los días, sino también un dogma de fe.

Quien de esto se escandalizara, daría pruebas de conocer muy poco el corazón humano y el asunto de que se trata; porque la vida divina en las almas virtuosas mientras estamos en este mundo, no llega á su completo desarrollo, está como en embrión; y entre tanto el hombre es débil, como niño que es en ese género de vida, y muchas veces se cae y no obra como hijo de Dios, aunque en realidad lo sea. Hay que tener paciencia con él,

(1) I. Joan., II. 19.

como la madre con su hijo, hasta que tenga robustez para sostenerse y andar por sí mismo.

Hijos míos, por quienes segunda vez sufro desvelos y angustias como la madre cuando da á luz á sus hijos,
HASTA QUE SE FORME EN VOSOTROS CRISTO: esto es, la vida divina de Cristo (1). Tal es la bellísima y tiernísima expresión del primer Apóstol del gentilismo que resume todos los grandes cuidados del apostolado católico en la á veces larguísima niñez del hombre en la vida de la fe, de la gracia y de la caridad. Quien no sienta en su corazón esa paciencia y ese calor de fe y de caridad para cooperar á la espiritual y divina regeneración de las almas y conllevarlas en su infancia, no es apto para el apostolado católico.

Mientras el hombre es niño en su vida física, no puede hacer todos los

(1) Gal. IV. 19.

actos del hombre; en muchos no se distingue de los brutos. Mientras el cristiano es niño en la vida divina, no siempre obra como hijo de Dios; en muchas cosas no se distinguirá de los demás hombres. Me basta ver que un niño una vez sola haga una obra propia de hombre, para convencerme de que lo es; también me es suficiente saber que algunos hombres una sola vez hayan hecho actos á que no llegaran las fuerzas humanas para convencerme de que son algo más que hombres. Las caídas ó debilidades que puedan tener me demuestran que son aun niños en la vida divina, y no que no la tengan ó no la hayan tenido. Los que aquí están ya muy robustos en esa vida divina, no caen; les llamamos *Santos*; pero los santos escasean mucho. Los demás somos niños en la virtud y en esta vida sobrenatural; y como niños, hemos de tener tropiezos y caídas; pero nuestros defectos no pueden escandalizar sino á los que

son todavía más niños en la ciencia del corazón humano y en los arcanos de la santa teología. A mí me basta saber que en la tierra ha existido una Santa Teresa de Jesús, un San Vicente de Paul, un San Francisco de Asís, ó un San Francisco de Sales, y que hay muchas almas que en el secreto del hogar doméstico ó en el claustro practican de vez en cuando virtudes que el hombre de por sí jamás ha sabido practicar. Estas almas me dan pruebas suficientes para convencerme de que Dios á algunos los diviniza y eleva sobre las fuerzas y condiciones ordinarias de la naturaleza humana.

No siendo aun perfecta en este mundo la vida sobrenatural, no lo es tampoco el equilibrio ó armonía que ha de producir en el corazón humano. Es cierto que en igualdad de circunstancias es siempre mayor que en el resto de los hombres. Ni Sardanápalo, ni Augusto, ni alguno de los amantes de los placeres terrenos han podido

decir con tanta razón como el más perseguido de los Apóstoles en medio de sus cárceles y tribulaciones: *estoy inundado de consuelo y exhuberante de gozo* (1). Si en el mundo hay un hombre en quien están en armonía la fantasía y la razón, la inteligencia y la voluntad, el corazón y los sentidos, y sus actos y su deber y su conciencia, es ciertamente algún hijo de Dios que vive á la sombra de la Cruz y alimenta su alma del rocío espiritual del cielo.

«Con razón se ha dicho que el corazón del creyente es una fiesta continuada: que disfruta más con lo que se prohíbe que el incrédulo con lo que se permite: que hasta las lágrimas de la penitencia proporcionan más goces que las faltas que dieron motivo á que se vertieran (2).»

Pero los corazones puros y creyen-

(1) II. Cor. VIII. 4.

(2) Caussette, *El buen sentido de la Fe*, 2.^a part., lib. 3.^o, cap. 3.^o

tes, si bien no trocarían su paz santa, ni sus gozos íntimos, ni una sola parte de sus puras alegrías por todos los placeres del mundo, no quedan aún satisfechos; aspiran á una paz eterna y á un gozo infinito. Por todos los que viven de fe y de esperanza ha dicho el sublime Apóstol del Amor: «*Carísimos: nosotros somos ya ahora hijos de Dios; pero lo que seremos, aun no aparece (1)*».

Este complemento de la vida será en el cielo, en el que la gracia que aquí se nos infundió, no sólo perseverará, sino que desarrollará toda su potencia vital en las facultades del alma; en la voluntad, en la que aumentará la forma sobrenatural de la caridad que podrá desenvolverse sin ningún obstáculo en actos de intensísimo amor al Bien y á la Belleza infinita; en la inteligencia, en la que la forma sobrenatural de la fe será sus-

(1) I. Joann. III. 2.

tituída por una luz divina que los teólogos llaman *luz de gloria* que elevará el entendimiento humano á una perfección tan alta, que le hará apto para ver con visión intuitiva é inmediata á la misma esencia de la Verdad infinita, verificándose lo que extático cantaba el Profeta Rey: *In lumine tuo videbimus lumen* (1): *Mediante tu misma luz veremos la Luz.*

Sin esta luz sobrenatural, deificante y elevante, el entendimiento jamás sería capaz de conocer á Dios, Verdad esencial que contiene toda verdad, sino mediante alguna idea, representación ó imagen. Y como toda imagen ó representación es limitada por su naturaleza misma, el conocimiento de Dios por ideas ó imágenes como el que ahora tenemos, aunque sea por fe, es necesariamente finito y limitado. Conociendo así el entendimiento á Dios, no conoce *toda* la verdad, pues á la

(1) Psalm. XXXV. 10.

Verdad esencial la conoce bajo una forma finita, lo que de ninguna manera puede satisfacerle (1).

Como por otra parte el corazón en el amor no puede extenderse más que el entendimiento en el conocer, mientras el conocimiento de Dios sea imperfecto, le amará bajo un concepto también limitado, y este amor tampoco puede saciar sus aspiraciones infinitas á la Bondad y á la Belleza. Así, serían impotentes las sublimes aspiraciones de nuestra alma; jamás se establecería el equilibrio y armonía en nuestro espíritu.

Pero deificado y fortalecido el entendimiento humano por aquella luz sobrenatural, queda tan elevado *que* (lo que antes le era imposible) *se le hace facilísimo y natural el conocer sin enigmas ni imágenes á la misma esencia de la Verdad* (2). Dios, inmediata-

(1) Div. Thom. I. II.—XII. 1.º

(2) Card. Cayet. Comment. I. II.—XII. Art. V. *Ad secundum Scoti.*

mente se une á la inteligencia humana y ésta conoce en Él total y perfectísimamente á la Verdad infinita y á todas las verdades creadas que pueda desear conocer.

Así y solamente de esta manera, elevando hasta lo infinito la naturaleza humana, puede establecerse aquel perfecto equilibrio que dice Lacordaire que debe haber entre nuestra acción y nuestra actividad para que el corazón sea feliz y se aquieten las ansias de nuestro espíritu. Nuestra actividad ó deseos infinitos podrán alcanzar sus objetos infinitos, porque infinitas serán en cierto modo las acciones de nuestras facultades dignificadas por las formas sobrenaturales de la *Luz de la gloria*, y de la caridad; y estas mismas facultades podrán ser así elevadas, porque la esencia del alma de la que emanan, estará *regenerada y deificada* por la forma divina de la gracia santificante.

Toda esta serie de sobrenaturales

operaciones en nuestro espíritu sólo Dios puede hacerlas, porque sólo Él puede otorgarnos la gracia, fundamento de nuestra felicidad y grandeza. Sólo Dios puede conceder la luz sobrenatural que fortalezca la inteligencia. En sólo Dios está *toda la verdad creada é increada*. Luego sólo Dios puede presentarlo á la inteligencia; y como el espíritu humano únicamente conociendo así la verdad puede aquietarse, concluimos trayendo al Cantar de nuestra idolatrada Madre, los testimonios de la Sagrada Teología y de la Metafísica.

Es gratísimo á nuestro corazón de hijos amantes, el comprobar que estas dos ciencias, las más nobles que puede cultivar el espíritu humano, concluyen demostrando lo que nuestra Madre cantaba cuando decía, que para llenar la inmensa capacidad del corazón humano

Sólo Dios basta.

XII

No podía faltar el testimonio de la historia y de cotidiana experiencia al cantar de mi Madre que tan bellamente expresa una verdad del dogma católico que la Teología y Metafísica demuestran. La historia, sí, también comprueba que para aquietar al espíritu humano, únicamente y

Sólo Dios basta.

Una candorosa y angelical niña de cuatro años, sentada bajo un árbol del jardín mientras una avecilla alegremente cantaba sus trinos, le decía á su hermanito que lloraba inconsolable á su dulce madre que acababa de morir. «¿Por qué lloras tanto, hermanito mío? Mira, ese pajarito no llora: oye cómo canta.

—Las aves cantan aquí—dijo el triste huérfano—porque no hay otro

cielo para ellas. Nosotros que somos del cielo, aquí lloramos» (1).

No se puede en forma más bella y sencilla expresar una verdad más profunda y consoladora.

Divina y Santa Religión Católica: Bendita seas: porque haces sentir hasta á los corazones de la infancia verdades tan sublimes que los mayores sabios del mundo, ni aun los genios que se creían inspiradísimos, jamás pudieron vislumbrar. Tú nos explicas la causa del dolor, nos das la razón de nuestras constantes inquietudes, y señalas el término de nuestros eternos destinos. No te entienden los sabios que no pueden creer: pero te comprenden hasta los niños que saben sentir y amar.

Si las aves cantan es porque para ellas no hay otro cielo; el hombre tiene el exclusivo privilegio en este mundo

(1) Marchal, *Esperanza á los que lloran*, cap. XIV.

dellorar y pensar; porque es el único ser peregrino, el único que necesita algo más noble. Nada de aquí le basta, porque su término adecuado está más alto.

Todos los demás seres de la creación han alcanzado ya su término propio y adecuado y están en posesión de él, desde el primer momento en que fueron creados. Los astros tienen como lugar propio el círculo de sus órbitas; las aves las regiones del aire; los peces las sendas de la mar; las flores y las plantas sus climas y sus tiempos, y las fieras sus guaridas en los bosques. Están en posesión de sus destinos, y por lo mismo ni lloran ni progresan. Todo marcha en concierto y armonía en el universo. Sólo el corazón humano está desconcertado; es la única nota disonante en este universal concierto.

Todos los demás seres á su modo gozan, ríen y cantan, porque nada les falta. Sólo el hombre llora, gime y padece porque *nada le basta*.

El hombre es el ser más misterioso del universo. Todos los demás seres tienen alcanzada su perfección relativa, todos son perfectos en su orden, esto es, totalmente hechos. Sólo el hombre, á pesar de su orgullo, se ha de reconocer imperfecto. Está todavía en ciernes, *in fieri*, según el lenguaje de los filósofos. Es imperfecto en todas sus facultades, pues en ninguna se siente satisfecho. Es un edificio medio comenzado. Es cierto que en sólo sus comienzos ya tiene más perfección absoluta que todos los demás seres de la creación; pero es mucho mayor la que aún le falta alcanzar. Es el más imperfecto de los seres, y el más perfectible de todos ellos. El más imperfecto, porque en ninguna de sus potencias se siente satisfecho; el más perfectible, porque no se contenta con menos que con *toda* la verdad y *toda* la Bondad; parafraseando un pensamiento de Pascal se puede definir al hombre: una monada, una insignifi-

cante pequeñez que acaba de salir de la nada, es aun casi nada, pero va á unirse á lo infinito. Mientras á lo infinito no llegue, nada puede contentarle.

Nada basta á ninguna de nuestras facultades; ninguna puede aquí gozar cumplidamente de su objeto propio. Con nuestros ojos quisiéramos contemplar la belleza material de los mundos en todo su grandor y hermosura; y hemos de ver la tierra manchada con sangre, y las hediondas llagas del género humano. Con nuestros oídos quisiéramos percibir armonías infinitas; y hemos de escuchar ayes, sollozos é imprecaciones. En vez del néctar suavísimo tan soñado por los poetas, ó de aquel maná delicioso que para el pueblo de Israel caía del cielo en el desierto de Lim, hemos de comer un pan amarguísimo, porque está amasado con lágrimas, sudores y sangre. Tenemos hambre inmensa de verlo todo, de tocarlo

todo, de gustar de todo. Querríamos recorrer la tierra con más velocidad que la luz, y elevarnos por los aires como el águila y disputar su cetro á esta altiva reina de los espacios, y como ella sentarnos sobre las nubes y mecernos sobre las alas de los vientos, pero el cuerpo nos detiene cautivos en la tierra. Las quejas de nuestra alma al contemplar las aves que dominan al cielo, las cantó magistralmente una gran poeta carmelitana en su romance á un pajarillo, por uno de cuyos trozos, dice Menéndez Pelayo «cambiaría de buena gana todas las sátiras y epístolas, églogas y odas pindáricas que los preceptistas de su tiempo hicieron» (1).

.
¡Oh tú, que con blandas plumas
Giras el vago elemento,
Sube más alto si puedes
Y serás mi mensajero;

(1) Discurso de entrada en la academia sobre la poesía mística.

Darás de mis tristes penas
Un amoroso recuerdo
A la luz inaccesible
Del sol de Justicia eterno.

.

Ni aun la tierra podemos á nuestro gusto dominar: para que no pudiéramos fácilmente explorarla, altísimas montañas nos salieron al encuentro, y los ríos y los mares nos cerraron el paso. Es verdad que después de titánicos esfuerzos hemos perforado las montañas, y, sorprendiendo á la naturaleza sus secretos y unciendo los vientos á nuestros artefactos, nos hemos paseado sobre el mar, y mecido sobre sus ondas, despreciando sus bramidos, con tanta seguridad como durmiéramos sobre un blando lecho de flores. Pero aun nos queda mucho que hacer en la conquista del mundo, y en cuanto á la de los espacios, después de cuatro mil años de esfuerzos, apenas hemos pasado de los primeros ensayos. Y sobre todo, con tantos des-

cubrimientos no hemos saciado nuestros deseos, sino que los hemos agrandado: cuanto más hemos descubierto é inventado, mayores inquietudes siente el espíritu humano. Y á la parte superior de nuestra alma le satisfacen todavía menos que á los sentidos todas las cosas creadas. La inteligencia tiene hambre de verdad. Querríamos conocer la esencia y el por qué de todas las cosas; y la verdad, aun á los genios más privilegiados, se manifiesta sólomente á medias, á pequeñas ráfagas, como si desdeñara de comunicarse á nosotros.

El corazón es tal vez la facultad que se siente aquí más imperfecta; es la que más sufre, la que se encuentra más peregrina. Desea vivir una vida de pureza y de amor, de belleza, de confianza y de amistad. Ha sido formado de muy delicada manera para que viviera la vida de ternura y de sentimiento; pero si una cosa hay peregrina y extraña en este mundo, es el

corazón humano. Raras veces es comprendido: casi nunca correspondido: generalmente despreciado, escarnecido: y si vence estos obstáculos, tropieza con otro más temible, fácilmente se enfanga. La amistad es rara; y si una vez se encuentra, hay peligro que degenera. El corazón no debiera entregarse sino á un ángel, y los ángeles... no están en la tierra.

Si una cosa hay á la que nada basta es el corazón humano. El hombre que más sufre es el que más siente. El paganismo conocía también esta verdad; y como tenía miedo al dolor, formuló este famoso apotegma: *desdichado el que ama*. Y un poeta moderno ha dicho con tristísimo acento: *es una desgracia el amar*. Consignamos estas sentencias, no porque expresen verdades que hayamos de practicar, sino porque consignan hechos innegables, ecos tristísimos de los gemidos del corazón humano en este mundo. Si no ama, está muerto; y si ama, en cual-

quier forma que sea su sentimiento, su delicadeza, será un verdugo que le atormentará: nada le satisfará. Los filósofos antiguos, conociendo la insaciabilidad del corazón, determinan matarle, ahogando sus sentimientos y proclamándolos como una debilidad. Esta es la prueba práctica más convincente de que al corazón, fuera de Dios, nada le basta.

La flor á su modo se satisface con el rocío matutinal: el corderillo con la hierba que padece en la pradera: el insecto acompañando con su monótono canto el concierto de toda la creación: los seres inanimados siguiendo inviolablemente las leyes de la gravitación universal y de la cohesión de sus partes. Tienen todo lo que á su modo codician y les satisface. Unicamente el hombre está siempre descontento, ni tiene cuanto desea, ni le satisface lo que más vivamente ha codiciado, cuando lo alcanza. Quiere alimentarse de paz, de amor, de luz, de verdad y de

belleza, y no se contenta con una posesión cualquiera, sino que desea poseerlas con total y eterna posesión. Fuera de Dios todo es limitado y transitorio. Sólo Dios es perfectísimo y sin mudanzas. Sólo Dios es Paz eterna, Amor inmenso, Belleza increada, Luz y Verdad infinitas. Por esto el corazón lejos de Dios, siempre ha estado y estará inquieto.

Luego la historia y la experiencia, la Teología y la Metafísica de consuno enseñan con la doctora de Avila que

Sólo Dios basta.

Santa Teresa de Jesús, inteligencia de Angel, corazón de Serafín, alma endiosada, aproximándose tanto en extáticas contemplaciones al Principio de la Verdad eterna, pudo conocer y sentir las verdades más sublimes que desde este mundo puede vislumbrar la inteligencia humana, y las compendió en esta brevísima letrilla que pue-

de dar asuntos para que mediten toda una eternidad las inteligencias más encumbradas.

El águila real, elevando su vuelo por los aires y meciéndose suavemente sobre las nubes donde no llegan las tormentas, domina los espacios, las montañas y los valles, y estando ella en apacible bonanza, no se inmuta aunque bajo de sí retumben los truenos y choquen los elementos. Santa Teresa de Jesús, Águila excelsa, batiendo las alas de su oración y de su genio, elevóse sobre todo lo criado: con el pensamiento y el corazón posóse sobre el mismo corazón de Dios como el desterrado de Pathmos. Cuando se vió en aquel altísimo foco de luz inaccesible, no se limitó como el Apóstol de las gentes á decirnos: *Audivi arcana verba quae non licet homini loqui*: oí palabras inefables que no sabe el hombre pronunciar (1).

(1) II. Cor. XII 4.

Ni tampoco le pareció bastante su gloria y su dicha y su confianza como el glorioso émulo de Virgilio y príncipe de todos los poetas carmelitanos, quien, fijo su pensamiento en Dios, tan hermosamente cantó:

Ipsi mihi Pater est.

Quocumque voluerit libenter ibo (1).

La santa, en el apoteosis de su gloria, como todas las madres, se acordó de sus hijos y quiso instruirnos para que también allá subiéramos, y en forma de cantar, nos enseñó casi cuanto el peregrino del cielo debe saber. Mi Madre desde las alturas de su contemplación vió con gran claridad, que en este largo camino del cielo habíamos de tener tremendos contratiempos capaces de doblegar hasta los cedros del Líbano; y como la madre, que arrulla á sus hijos en la cuna con inefable cariño, nos previene y anima,

(1) Beato Fr. Bautista Mantuano.

cantándonos el más dulce y profundo
y sabio de los cantares:

Nada te turbe
Nada te espante,

porque todo está en mano de Dios que
es nuestro Padre, y con paternal Pro-
videncia nos vigila y defiende, si en
Él ponemos nuestra confianza.

Si ves despreciada la virtud y en-
salzado el vicio; escarnecida la ver-
dad y entronizado el error, y te pare-
ce que en el cielo ya no hay Provi-
dencia sobre el mundo, acuérdate que
Dios no se apresura en aplicar aquí
toda la justicia, porque, en último re-
sultado,

Todo se pasa
Dios no se muda.

Únicamente la virtud será eterna, si
nosotros voluntariamente no rompe-
mos su lazo santo que con Dios nos
une.

No os abatan los *trabajos* por gran-
des que sean: no os hagan bajar hasta

el polvo vuestra cabeza hecha para contemplar al cielo. Vuestro corazón y vuestra confianza puestos en Dios, luchad varonilmente, hijos míos, sin jamás desfallecer, porque, de Dios, de los hombres y del propio corazón

La paciencia
Todo lo alcanza.

Y si merecéis la protección de Dios, seréis felices en la tierra y en el cielo, porque en el tiempo y en la eternidad

Quien á Dios tiene
Nada le falta.

No os importen las prosperidades de ninguna clase, ni hagáis gran caso de los favores de los hombres, ni os perturben sus inconstancias, porque nada hay más cierto, ni más práctico que esta verdad sublime: para el corazón humano

Sólo Dios basta.

Así cantando, compendió mi Madre lo más sublime y práctico que aquí y en el cielo puede el hombre saber.





Sección IX.

MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

	Pesetas
Número. <i>3244</i>	Precio de la obra
Estante . <i>96</i>	Precio de adquisición ..
Tabla... <i>2</i>	Valoración actual.....
Número de tomos.	

31

3244